EL HONOR

COMEDIA DRAMÁTICA EN CUATRO ACTOS

ORIGINAL DE

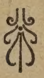
HERMANN SUDERMANN, 1857-1928

Arreglada a nuestra escena y a nuestras costumbres por

LUIS RACOLL

(SUÑER CASADEMUNT)

Representada por primera vez en el teatro "Portfoliograf" de Lérida la noche del 24 de Febrero de 1913



BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1913

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MONSERRATE	Sra. Arqué.
ROSALÍA	» Marsal
AMALIA	» Martínez.
EULALIA	» Villalba
PAULINA	» Panadés
EMILIO, Marqués de Santa Fe	Sr. Martori
OCTAVIO	» Ballart
RICARDO	» Cabruja
JACINTO	» Bañeras
ANTONIO	» Pujol
SIMÓN	» Morera
PEPE	» Aguiló
RAMIRO	» Olivar
TOMASÓN	» Camprubí
UN CRIADO	» Mundet
UN CHAUFEUR	» Gonzalo

La acción se supone en una capital importante de provincia, puerto de mar.

El primer y tercer acto en una casa de recreo de las afueras de la capital.

EPOCA ACTUAL

ACTO PRIMERO

Sala baja, habitación de los colonos y jardineros de una casa de recreo, situada en las afueras de la capital en que se supone la acción. Puerta al foro que da al jardín y laterales, a derecha e izquierda, en primer y segundo términos, las que figuran con las habitaciones interiores.

Una mesa grande a la derecha, en primer término. Muebles modestos que contrastan con dos sillones tapizados, cubiertos con fundas, colocados en el ángulo del foro derecha. Esparcidas por la escena, herramientas de jardinero, todo muy limpio y aseado.

ESCENA PRIMERA

EULALIA y TOMASÓN; aparece éste, por el foro, con unas herrarramientas de jardinero al hombro, las cuales deja caer con estrépito.

TOM. Buenos días, Eulalia.

EULA. ¡Chist!... cuidado hombre, no metas tanto ruido.

TOM. ¿Es que hay enfermos en la casa?

EULA. Enfermos no, pero hay en ella quien duerme aún.

TOM. ¿Duerme a tales horas?

EULA. Sí, hombre; el chico, que llegó ayer noche.

TOM. ¿Qué chico?

EULA. Es verdad, que nada sabes aún; nuestro hijo, Octavio. Vino hecho un caballero, ya lo verás.

TOM. ¿Y cómo no me enteré aún? ¿De manera

que hizo fortuna? Siempre dije yo que era de los que llegaban un día u otro.

EULA. Ya lo creo. Hacía poco que nos habíamos acostado, cuando llamaron a la verja del jardín; mi marido dijo: ¿Quién será a tales horas? Ve a verlo, le contesté; y tal como digo, se levanta, y al poco rato oigo grandes voces; que será esto, me pregunto; salgo, voy, y en medio la obscuridad veo a mi marido abrazado a un caballero. Lo mismo fué verme, que venir hacia a mí con los brazos abiertos gritando: ¡madre! y Antonio gritándome también, ¡es el chico! ¡es nuestro hijo! y entonces yo sin saber lo que me hacía, voy hacia él, me agarro a su cuello y mira tú si lo haría con fuerza que su sombrero se fué rodando por la arena del jardín.

TOM. ¡Pues no puede usted figurarse lo que me alegro! Siempre lo dije que sería un hombre de suerte. Dichoso él, que debe comer como un príncipe y fumar cigarros como estacas. Ardo en deseos de estrecharle la mano, aunque tal vez ahora no quiera alternar con los pobres como yo. ¿Y se queda ya para siempre?

EULA. No puedo decírtelo.

TOM. Tiempo le queda para decidirlo. Vaya, vaya... Bueno, y pasando ahora a otro asunto. ¿Cómo estamos de almuerzo?

EULA. Tienes razón, ya se me había olvidado.

TOM. Mientras yo me acuerde es lo que basta. Ya sabe usted, eso de la comida, es la única cosa que no paso por alto.

EULA. Voy. (Desaparece y vuelve a salir con un plato y tenedor y un vaso de vino, colocándolo encima la mesa. Tomasón se sienta y principia a comer.)

TOM. Lo mismo me da ahora que en seguida.

EULA. Aquí lo tienes. Y mi marido ¿por qué no vino contigo?

TOM. No tardará. ¿Sabe Dios lo que para almorzar debe comer ahora su chico?

EULA. Lo que hace falta es buen apetito, eso es lo principal.

TOM. No, de eso tengo buena provisión. Y ¿cuántos años han cumplido desde que se marchó?

EULA. Cumplen diez este verano. Nosotros si que debemos la suerte a la desgracia que tuvo mi hombre en el almacén de los señores. Como quedó inútil para trabajar en ellos, nos cedieron la plaza de jardineros y colonos de su casa de recreo y tomaron además por su cuenta a nuestro hijo, y al cumplir veinte años, le mandaron a las explotaciones que poseen en América. Dios les recompense lo que han hecho por nosotros.

TOM. Y que la muchacha ha salido a su hermano. Nadie dirá al verla, que no sea una señorita. ¿No se han visto los dos aun?

EULA. No, las noches que Rosalía tiene lección, no viene, duerme en casa de su hermana. Como está eso apartado.

TOM. ¡Ah! ya sé; claro. (Buenas serán las lecciones.)

ESCENA II

Dichos y ANTONIO

ANT. Anda, date prisa, el almuerzo, que tengo hoy mucho que hacer.

EULA. Voy, hombre, siempre tus prisas. (Vase y vuelve con otro plato de comida que coloca a la mesa.) Aquí lo tienes.

ANT. Oye, ¿has dicho ya a Tomasón que anoche llegó nuestro hijo?

TOM. Sí, hace un momento, y me ha dao un alegrón con lo que ha contao.

ANT. ¿Verdad que no va a conocerle? (Se sienta y come.) Pero, ¿no se levantó aún?

EULA. Deja que duerma.

TOM. ¿Pero usted se figura que va a levantarse a la mesma hora que nosotros? Aguarde, ya, ya...

ANT. Es que no creo que haya vuelto hecho ningún millonario, al contrario, creo yo que al fin y a la postre, tendrá que ganarse el pan como nosotros mismos, como su padre.

TOM. ¿Como su padre?... sabe Dios si ni aun el parentesco confesará en algunas ocasiones.

ANT. ¿Quieres callarte?

TOM. Eso es un decir.

ANT. Mal dicho. Yo conozco muy bien a mi hijo Octavio.

TOM. Lo que usted me dirá que lo conocía.

EULA. ¿Quieres callarte, mala lengua?

ANT. Oye, Eulalia, ¿y qué tomará en cuanto se levante?

EULA. Voy a hacerle café, para que lo tome con leche.

TOM. ¿Café con leche? ¡valiente almuerzo! un par de chuletas o tres, eso es lo que deberá usted prepararle, y nada se perdería conque antes le preparara el estómago con un par de huevos fritos. Con un almuerzo así, se comprende que pueda tirarse hasta la hora de la comida.

ANT. ¡Aprieta!

EULAL. ¿Pero te figuras que nuestro hijo es un glotón como tú?

TOM. ¡Yo me encontrara dentro su piel! ¡Me río de los atracones que iba a darme!

EULA. Ya se levantó.

ESCENA III

Dichos, OCTAVIO por la izquierda.

EULA. Buenos días, hijo mío.

OCTAV. Madre... (La abraza).

ANT. ¿Has dormido bien?

OCTAV. Ya lo creo, perfectamento, padre mío. (Le abraza). Al despertar, me han parecido un sueño los diez años transcurridos; por un momento híceme la ilusión de que jamás me había separado de ustedes.

ANT. Ojalá; no me sentiría tan viejo.

EULA. Ni yo, porque, cree no soy ya la misma de cuando te marchaste. Todo me fatiga.

OCTAV. Pues precisamente para eso llegué, a fin de que descansen. La misión de ustedes está ya terminada.

EULA. ¿De manera que vienes decidido a no marcharte de nuevo? ¡poco sabes el alegrón que das a tu padre con la noticia!

OCTAV. Nada decidí aún. Veremos.

EULA. ¿A qué volverte? ¿No has padecido ya de sobra? Cuántas veces decíamos con tu padre: ¿Si estará enfermo? ¿Si tal vez los negros se lo habrán comido? Yo que sé. Como oye una tanta cosa de aquella gente...

ANT. ¿Pero te crees que se comen los niños crudos?

EULA. Y lo que no son niños, a veces.

ANT. No le hagas caso a tu madre.

OCTAV. Eso entre las tribus antropófagas, pero no en la región donde están las plantaciones que tenía a mi cargo. Si viera usted, padre mío, qué vegetación aquella; donde las frutas que dan los árboles parecen salidas de una dulcería mejor que naturales.

TOM. (Que hayan de decir tales mentiras cuantos vienen de allá).

ANT. Ah, si pudiéramos aligerar algo el peso de mis años...

EULA. Oye, ¿y allí los monos y los papagayos van sueltos por los bosques?

OCTAV. Ya lo creo. (Riendo.) Pero qué significan para mi todas las esplendideces de aquellos climas, si durante diez años, cifraba enteros mis sueños en el recuerdo de este agradable rinconcito donde les tenía a us-

tedes. Volver de nuevo a su lado. Este era el afán que me animaba al trabajo.

EULA. Si, hijo mío, sí, (Enternecida.) tú siempre el mismo, lo creo; siempre tan bueno. (Se enjuga una lágrima.)

ANT. ¿Y vas a llorar?

EULA. De alegría.

OCTAV. Deje usted que llore, padre mío; son lágrimas de alegría. ¡Madre, madre mía, qué dichoso me siento en tales momentos! Doy gracias a Dios que no ha permitido realizar lo que tanto temía.

ANT. ¿Lo que temías?

EULA. ¿Y qué temías, vamos a ver?

OCTAV. Será una tontería si ustedes quieren.

TOM. (Hoy si que me dejan almorzar en paz y tranquilidad).

OCTAV. La verdad, ¿temía parecer un extraño entre ustedes?

EULA ¿Estás loco?

OCTAV. Ya veo que no es así, por lo que doy gracias a Dios.

ANT. Oye, oye, Eulalia, que el chico está en ayunas.

EULA. Es verdad, perdona, hijo mío.

OCTAV. Tiempo queda.

EULA. ¿Tomarás café con leche? Si quieres otra cosa dilo.

OCTAV. No, no, me basta.

EULA. Voy, pues, enseguida. (Al dirigirse a la puerta de la izquierda se apercibe de Tomasón que come y bebe tranquilamente.) ¿Pero es que no vas a concluir de almorzar en toda la mañana tú?

TOM. (Ya decía yo.) Casi terminé ya.

EULA. Anda, hombre.

TOM. Luego, en seguida.

OCTAV. Calla, ¿no es este Tomasón?

TOM. El mismo, sí señor.

OCTAV. Vamos, hombre, acércate, dame la mano.

TOM. ¿La mano?... es que... (Se la enjuga.)

OCTAV. Sí, hombre.

TOM. Ahí va. Y usted perdone si le doy tratamiento. No sabría hacer otra cosa.

OCTAV. Me es indistinto; no quiero que haya en ello violencia alguna, trátame como te parezca, del modo que mejor te venga...

TOM. ¿Y ya no va usted a marcharse de nuevo?

OCTAV. Según, depende...

TOM. Entiendo, de lo que dependa. (Me parece que no vas a echar tú raíces.) Si yo tuviera que aconsejarle...

ANT. Buenos serían tus consejos.

TOM. Mejores de lo que tal vez le den más de cuatro. Ya se ve que yo no he viajado como él, pero a conocer el mundo, vaya, que pocos me llevarán ventaja.

ANT. Lo que tú debes hacer, es entendértelas con la herramienta, en vez de echarnos discursos.

TOM. Eso es con lo que siempre le salen a uno. Voy a ello, hombre, ya voy. Que ni le permitan a uno un momento pa que se le sienta a uno la comida. En fin, qué se ha de hacer. Yo, ya ve usted, poco he progresado. Yo aferrao pa siempre a la cola del gato, qué le vamos a hacer. En fin, que me alegro de todo y aunque sea poco lo que uno valga, ya sabe usted, mandar.

OCTAV. Gracias, Tomasón.

TOM. Hasta la vista.

ANT. Anda, que yo vengo luego también por allá.

TOM. (Tomando la herramienta vase por el foro.) (A ver cómo va a tomarse lo de su hermana.)

OCTAV. ¿Pero usted trabaja aún a su edad?

ANT. ¿Qué le vamos hacer?

ESCENA IV

Dichos y EULALIA con un tazón de café con leche que deja en la mesa.

EULA. Anda, que está calentito. Oye, aquí tienes manteca de la que trae para ella tu hermana.

OCTAV. ¿Cómo no vino aún? ¡Cuánto deseo abrazarla! Debe ser ya todo una mujer.

EULA. Ya lo creo. Vas a verla.

ANT. Y que salió a su hermano, no nació la indina para fregar los suelos.

EULA. Poco tardará. Ven, siéntate aquí. (Le da un sillón tapizado que hay en un recodo de la sala.)

OCTAV. ¿Cómo? ¿Y a qué obedece?...

EULA. ¿Te extraña que tengamos este mueble?

OCTAV. La verdad... (Se sienta y toma el café con leche.)

EULA. Pues es un regalo que le hicieron a tu hermana lo mismo que el espejo que has visto en tu dormitorio. Ya la verás, es todo una señorita.

OCTAV. Ardo en deseos de que llegue, a fin de que nos veamos reunidos todos. Pues como decía, durante mi viaje, la única obsesión que tenía, era el temor de que el tiempo transcurrido, no hubiera interpuesto una valla entre nosotros, pero me convencí de lo contrario y me siento feliz, completamente feliz.

EULA. Qué ideas se te ocurren.

OCTAV. Estoy satisfecho; salvo pequeñas diferencias, todo está lo mismo, ustedes dos algo más viejos, es cierto, pero queriéndome igual o acaso más aun.

EULA. Sí, hijo mío, sí. Y dime, ¿está bien el café con leche? Te hice el café con la cafetera de tu hermana. ¡Oh, si tiene un gusto extremado en todas sus cosas! Ya te lo dije, una señorita, tal vez demasiado señorita si se compara con sus padres.

OCTAV. Este servicio también es del mejor gusto.

EULA. Suyo también. Se lo regalaron...

OCTAV. ¿Otro regalo? Pero vamos a ver. ¿Por qué salió tan de mañana? No sabe el deseo que tengo de abrazarla.

ANT. No, si no es que haya salido.

OCTAV. Pues, ¿y entonces?

EULA. Yo te explicaré, a veces...

ANT. Es que no ha llegado.

OCTAV. ¿Desde ayer?

EULA. Sí, desde ayer.

OCTAV. ¿Y consienten ustedes?...

EULA. Como está la casa apartada, las noches que tiene lección se queda a dormir en casa de su hermana Paulina.

ANT. Que son casi todas.

EULA. Todas no.

ANT. La mayor parte.

OCTAV. Me parece que...

ANT. Como a mí, pero hijo mío, no sé qué decirte.

EULA. Creo que siendo una hermana...

OCTAV. Verdad, sí; pero me parece que no es prudente, y menos con tanta frecuencia.

EULA. Menos lo es que una muchacha sola llegue aquí a altas horas de la noche.

OCTAV. ¿Pero no hay el tranvía de las afueras hasta última hora? Además, ¿qué trabajo es el suyo que no le permite concluir hasta tan tarde?

ANT. Trabajo...

OCTAV. ¿Qué? ¿Qué quiere usted decir padre?

EULA. Déjale, tonterías.

OCTAV. No, no; es preciso que yo lo sepa. A mí no deben ustedes ocultarme nada.

EULA. Claro que no. Pues ya verás, francamente, tu hermana, como te decía, no nació para la aguja, ¡comprendes!

OCTAV. Conformes en que sea algo más que una simple operaria. Puede aprender el corte, montar un taller si es preciso.

ANT. No la llama Dios por ahí.

OCTAV. Me están ustedes torturando con sus medias palabras. Acabemos, ¿cuáles son las aspiraciones de Rosalía?

EULA. Te diré, aprende el canto.

OCTAV. ¿El canto?

EULA. Sí, todo de ello tuvo la culpa cierto día que el señorito Ricardo, el hijo de los señores, la oyó cantar. Empezó a decirla que tenía una fortuna en la garganta, que era una lástima que así la despreciara y que podía llegar a ser una de esas que ganan tanto dinero. Nosotros, la verdad, al principio, nos oponíamos, pero tampoco podíamos quitarle el porvenir.

OCTAV. Bueno, si realmente reune condiciones...

EULA. Un maestro le probó la voz y él mismo se cuidó de buscarla una buena profesora.

OCTAV. Y nada de ello me habían escrito ustedes. Creo valía la pena.

EULA. Sí, es verdad, debimos haberlo hecho.

ANT. Hijo mío; yo no entro ni salgo en eso tampoco. Ellas se lo arreglan.

OCTAV. Sin embargo, ahora estoy aquí, y quiero convencerme por mis propios ojos de cuanto ustedes acaban de decirme. Yo no me opongo a que prosiga sus estudios, y que llegue a ser una artista notable. Pero no veo para ello la necesidad de que pase las noches fuera de casa.

EULA. Acaso te figuras que tu hermana Paulina la deja un momento.

OCTAV. Ya sabe usted que ni Paulina ni su marido jamás fueron santos de mi devoción. De lo que estoy firmemente convencido es de que una muchacha joven y bonita, debe pasar las noches en su casa y al lado de sus padres.

ANT. Lo mismo me parece a mí.

OCTAV. ¿Y fué Ricardo quien hizo el descubrimiento de la voz de Rosalía?

EULA. El mismo.

OCTAV. ¿Y estos regalos que recibe Rosalía?

ANT. Son suyos también.

EULA. ¿Qué mal hay en eso?

OCTAV. Lo haya o no, terminaron desde hoy.

EULA. Tú ya sabes que no podemos desairar al hijo de los señores. Les debemos agradecimiento. Nos dan casa, y a tu padre le pagan el jornal entero durante toda la semana, aunque no lo gane. Además, lo que han hecho por ti...

OCTAV. Agradecimiento, sí, pero no servilismo. Cierto que mucho les debo, pero no es menos verdad que yo en pago he cuidado de sus intereses con el mayor cariño. Aunque tal vez alguien lo atribuya a una vanidad mía, puedo asegurar que a mi gestión se deben muchos miles de duros que han ingresado en su caja.

ANT. Estoy persuadido de ello; como que a los pobres nos explotan siempre los ricos. Sólo quieren chuparnos la sangre.

OCTAV. También hay exageración en tal idea, padre mío. Yo cumplí con ellos, y ellos conmigo. Nada nos debemos unos a otros. Y hablemos ahora de mi hermana Paulina. ¿Qué tal se porta su marido?

ANT. ¡Pst!... No se porta del todo mal. Ya sabes que a él no le tira mucho el trabajo.

EULA. Porque no siempre tiene trabajo del oficio.

ANT. Y aun eso. Lo peor es que le tira también algo la taberna.

OCTAV. Holgazán y borracho. Poca ha sido la suerte de mi hermana Paulina.

EULA. No tanto.

OCTAV. Debían ustedes haber tomado informes.

ANT. Eso, tu madre; cuéntaselo a ella, que fué quien...

EULA. No vayas tú tampoco a figurarte que sea tan mala su vida. Mira tú que cuando tu hermana muera de hambre...

OCTAV. No me convence tal razonamiento. Es el hombre y no la mujer quien debe procurarlo.

ANT. Lo mismo que yo digo.

EULA. Sea como sea, nada les falta; tienen la casa bien puesta, ¿y qué más pueden desear?

OCTAV. La verdad, no me satisface nada de cuanto me notifican ustedes, y afirmo que no es el cuidado de Paulina el más a propósito para mi hermana.

ANT. Alguien entra por la verja del jardín. (Va al foro.)

ESCENA V

Dichos, SIMON y PAULINA. Esta, al ver a Octavio, corre a echarse en sus brazos.

PAUL. (Desde fuera.) A ver esa buena pieza de Octavio. (Aparece) ¡Ah! ¡Aquí!

OCTAV. ¡Paulina!

PAUL. Déjame darte otro abrazo. ¡Así! ¡Confieso que no te habría reconocido!... Vienes hecho todo un gran señor. (A Simón.) Dale tú la mano a mi hermano; es Simón, mi marido. ¡No parece sino que ya no os conocéis los dos! Dile tú también algo a mi marido.

OCTAV. (Da la mano á Simón.) ¿Cómo andamos, Simón?

SIMÓN Ya puede usted verlo.

PAUL. ¿Qué es eso de usted? ¡Pues no faltaba otra cosa! Digo, a menos que tú... (A Octavio.)

OCTAV. Realmente, no hay razón alguna para que me dé tratamiento.

SIMÓN Bueno, pues, como te parezca.

EULA. Claro. Nuestro hijo no es orgulloso.

SIMÓN (Este debe traer guita.)

PAUL. ¿Y mi hermana no llegó aún?

EULA. ¿Cómo no vino con vosotros?

PAUL. Hemos tomado el tranvía, y ella quedó aguardando el automóvil.

OCTAV. ¿El automóvil? (Extrañado.)

EULA. Sí... no... nada. (Bajo a Paulina.) ¡Cállate!

PAUL. (Como si eso fuera un crimen.)

OCTAV. ¿Qué automóvil es este que quedó aguardando a Rosalía?

EULA. Yo te explicaré. Algunas veces, no muchas, la trae el automóvil del señorito Ricardo.

OCTAV. Ya.

EULA. Cuando puede aprovechar el camino, algunas veces.

OCTAV. Observo que el nombre de Ricardo viene unido demasiadas veces a los actos que se refieren a mi hermana, y confieso que me disgusta.

EULA. ¿Tú imaginas?...

OCTAV. Nada; lo malo es lo que pueden imaginar los demás.

PAUL. ¿Pero tú te crees que se cuida alguien de lo que nosotros podemos hacer? Les tiene muy tranquilos.

OCTAV. Seré yo desde hoy quien lo haga.

SIMÓN (Se conoce que éste viene del otro mundo.)

PAUL. (A ver si nos lo echa todo a rodar.) (Oyese una bocina de auto) ¡Ya está aquí, ya está aquí! (Va al foro.)

EULA. Sí, mírala. (Va al foro.)

OCTAV. (Quiera Dios que me engañe.)

ESCENA VI

Dichos y ROSALÍA elegantemente vestida y algo llamativa. Tras de ella aparece el CHAUFEUR

PAUL. ¡Rosalía! ¡Rosalía! Mira, Octavio, nuestro hermano.

ROS. (Corriendo a abrazarle). ¡Ah, Octavio!

OCTAV. ¡Rosalía! ¡hermana mía!

EULA. ¡La verdad es que cuando contempla una a unos hijos tan elegantes! (Con alegría).

OCTAV. Deja que te mire ahora, estás muy guapa y elegante realmente.

ROS. Mírame, mírame. Tú estás también muy *charmant*. (Volviendo a abrazarle). Deja que vuelva a darte un abrazo. ¡Cuánto deseaba

vertel Ah, me olvidaba ya de ello. El chaufeur, tiene un encargo para ti.

OCTAV. ¿Un encargo?

CHAUF. Sí, señor, de la señorita.

OCTAV. ¿De la señorita?

PAUL (Bajo a su marido). ¿Qué te parece?

OCTAV. ¿Y qué encargo es este?

CHAUF. Enterarme de si llegó usted bien del viaje.

OCTAV. Y la señorita ha sido quien...

CHAUF. Ella y sus papás, los señores, pero luego la señorita llamóme aparte dándome idéntico encargo.

OCTAV. Está bien, gracias. Agradezco muchísimo tal interés.

PAUL. (Bajo a Simón). Me parece que no puede estar más claro.

CHAUF. Si no tiene usted otra cosa que mandarme.

OCTAV. Gracias, puede usted retirarse y diga de mi parte a los señores que les agradezco el interés y que hoy mismo iré a ponerme a sus órdenes.

CHAUF. Está bien. La señorita dirá a que hora debo venir por ella.

OCTAV. ¿Qué?... (Con extrañeza).

EULA. (Queriendo disimular). Como algunas veces está libre, viene a buscarla.

OCTAV. Está bien. Por hoy puede prescindir de tal atención.

CHAUF. Como ustedes dispongan.

SIMÓN (Este apenas llegado ya dispone a su antojo). ¿Pero es que se retira usted así, sin echar una copita como acostumbra?

CHAUF. (Sin quitar la vista de Octávio). No, gracias, se agradece.

SIMÓN Pero si aquí todos somos unos.

OCTAV. No le importunes, tal vez lleve prisa. Puede usted retirarse si lo desea.

CHAUF. A la orden de ustedes. (Vase el Chaufeur y se nota que todos quedan disgustados. Pausa.)

SIMÓN (Bajo a su mujer.) Que fueros te me gasta tu hermanito, pocas migas haremos.

EULA. (Vaya una despedida).

PAUL. (Bajo a Rosalía). Habrá que cortarle las alas.

ROS. (Bajo a Paulina.) Déjale que mande hoy. Mañana veremos.

OCTAV. ¿Qué pasa? ¿Cualquiera diría que se disgustaron ustedes?

EULA. Como disgustarnos... no, pero...

PAUL. Ya te lo diré. Como has despedido al chaufeur de un modo que...

SIMÓN Como que siempre se le invitó a echar unas copas...

PAUL. Y que él tampoco es roñoso con nosotros, ¿no es cierto, madre?

EULA. Por eso he sentido que se le despidiera tan fríamente.

OCTAV. ¿Pero no comprende usted, madre?...

EULA. Al fin y al cabo nosotros que somos, unos criados como él.

PAUL. Y son las relaciones que a nosotros nos corresponde. No hablo por ti, tú es distinto.

OCTAV. Siento que interpreten mal mi conducta.

PAUL. Cuando él entró tan satisfecho con el encargo de su señorita para ti.

EULA. Claro.

OCTAV. Bueno, basta. (Queriendo cortar la conversación).

PAUL. Mira como se acordó de ti.

EULA. Quien sabe, quien sabe si con el tiempo...

OCTAV. Basta, dije.

SIMÓN ¡Este sí que sería un gran partido para ti!

OCTAV. ¡Pero acabaréis de una vez! Creo que dura ya demasiado.

SIMÓN (A este hombre le enfada todo. No puede uno abrir la boca).

EULA. ¿Acaso tendría algo de particular? Lo que yo puedo asegurarte que no llega aquí una vez sin que me pregunte por ti con gran insistencia; ya lo ves, en cuanto supo que llegastes...

OCTAV. Bueno, sí, y yo se lo agradezco; pero ya basta con lo dicho. (Cambiando de tono). Ven, Rosalía, acércate, siéntate junto a mí.

ROS. (Cantando). ¡Ah, Eleonora, qui veni a me!...

EULA. ¿Eh, qué te parece la voz?
PAUL. ¡De ángel!
OCTAV. Bueno, bueno, siéntate.
ROS. (Se quita el sombrero y el abrigo mientras canta).
Fru-fru... Fru-fru...
OCTAV. (Coloca una silla junto á otra y se sienta). ¡Aquí!
ROS. ¿Cómo es eso? ni que quisieran tomarme declaración.
OCTAV. Algo que se le parece. (Todos la rodean). Oyeme; me han dicho que estudias el canto.
ROS. Y no te engañaron. (Cantando).
Bon soir, madame la lune, bon soir...
OCTAV. Hablemos un momento con formalidad.
ROS. ¿Cómo es eso? ¿He de ponerte cara seria?
OCTAV. Aun que no sea más que por algunos minutos.
ROSA Bueno, pues. (Poniendo la cara seria exageradamente).
TODOS Je, je, je... (Riendo.)
OCTAV. No es eso; yo te lo suplico; compláceme por un momento.
ROS. Bueno, lo procuraré; habla.
OCTAV. Quería decirte que si no sientes una verdadera vocación por el arte desistas desde ahora. No es oro todo lo que en él reluce. ¡Cuántos deslumbrados por un mentido oropel, tuvieron luego amargos desengaños, derrumbándose los castillos que edificaron en la movediza arena!
ROS. ¿Es que vas a echarme unas cuaresmales?
OCTAV. Lejos de mi ánimo está el producir desaliento alguno en ti; pero creo indispensable abrir tus ojos a la realidad y hacerte las naturales reflexiones.
SIMÓN (Qué lata nos está dando.)
ROS. Sí, hombre; comprendo que tienes razón, lo comprendo... Y ahora, basta ya de seriedad, ¿no es eso? (Al querer levantarse, Octavio la retiene.)
OCTAV. Espera, aún no.
ROS. Mira, voy a hablarte con franqueza. Yo

vine al mundo para reir, para estar alegre siempre, siempre...

EULA. Cosas de la edad...

PAUL. Naturalmente. Si no se aprovecha ahora...

OCTAV. Tú acabas de decirlo. Eso es lo que quiero, que se aproveche.

ROS. No sé porque me parece que a ti no te gusta la alegría. ¡Ay, chico, la verdad, me pareces una funeraria!

OCTAV. Te engañas. Yo estoy alegre siempre que hay ocasión para ello.

ROS. Yo, en cambio, siempre hallo ocasiones para estarlo. Hoy por una cosa, mañana por otra. Naturalmente, como tú vienes de unas tierras que sólo se divierten bailando tangos. (Transación.) ¿Quieres que baile uno?

OCTAV. No, nada de eso. Oye, ¿quién te ha proporcionado el maestro o la maestra de canto?

EULA. Si eso te lo he dicho ya. El señorito Ricardo, que fué quien la oyó cantar.

OCTAV. ¡Siempre el señorito Ricardo!

ROS. No, si ahora me enseña otro. No adelantaba apenas. Ni en cuatro años habría dado un paso. Ahora sí que adelanto. Es un maestro que no me hace perder el tiempo echando gorgoritos que para nada aprovechan. Este en dos o tres meses me hará debutar, y voy a ganarme diez pesetas por lo menos cada noche.

EULA. ¿Qué tal? ¡Diez pesetas!...

ROS. Por dos o tres couplets.

ANT. Mi jornal de media semana.

SIMÓN Y el mío.

PAUL. Eso cuando trabajas.

SIMÓN Que es siempre que lo encuentro.

PAUL. ¡Me parece que como no te halle él a ti!

OCTAV. ¡Conque diez pesetas!...

ROS. Tengo dos amigas, ¡y buenas joyas que lucen!

OCTAV. ¿Todo ello con diez pesetas? Calla, cállate, por Dios, hermana mía; tú no sabes el

triste efecto que me producen tus palabras: me lastiman.

ROS. No veo la razón.

OCTAV. Afortunadamente, estamos aún a tiempo.

PAUL. (¡A tiempo de estorbar!)

OCTAV. Desde hoy seré yo quien cuide de tus estudios, y despídete de este maestro que de tal modo y con tan poco tiempo hace progresar a sus discípulas.

PAUL. ¿Pero no representan nada para ti diez pesetas diarias a los dos o tres meses?

OCTAV. Ya lo creo, como que me parece demasiado. No quiero que Rosalía progrese tanto. ¿Diez pesetas y artista de un music-hall? ¿Y usted, madre, no se hizo cargo de lo que ello significa, ni usted, padre, tampoco?

ANT. Pero, hijo mío, ¿cómo debo decirte que son ellas las que...?

OCTAV. Y tú, desdichada, (A Rosalía.) ¿no sabes el precio de esas joyas, de esos brillantes que te deslumbran?

SIMÓN (Bajo a Paulina.) Traerá ese muchos millones a buen seguro.

PAUL. (Bajo a Simón.) Eso ya lo veremos.

OCTAV. Prométeme que desde este instante no vas a separarte ni un ápice de cuanto yo disponga.

ROS. Está bien. (De mala gana.)

OCTAV. Lo dices de un modo.

PAUL. Naturalmente, ¿cómo ha de decírtelo la pobre?

OCTAV. Paulina... tú no te molestes. (Levantándose.) Y basta por ahora. (Rosalía se levanta también.)

PAUL. (Bajo a Rosalía.) No iremos bien con tu hermano.

ROS. Déjalé. (Bajo a Paulina.)

PAUL. (Bajo a Rosalía.) ¿Y renuncias al baile de mañana?

ROS. ¡Qué he de renunciar?

ANT. (Ha ido al foro y dice.) Ahora mismo se ha parado un coche en la verja.

PAUL. (Bajo a Rosalía.) Algún amigo de Ricardo. Buena la hicimos.
OCTAV. Será, sin duda, mi amigo el marqués de Santa Fe. Hemos realizado el viaje juntos.
PAUL. (¡Un marqués!) ¿Y es amigo tuyo?
OCTAV. Más que amigo: hermano.
PAUL. ¿Qué te parece? (A Simón.)
SIMÓN Cháchara. (A Paulina.)
ROS. Y yo así, de este modo. Vamos, vamos.
PAUL. (A su marido.) Vente tú también con nosotros
SIMÓN Vamos. (Tengo curiosidad por ver el pelaje. de este marqués.) (Vase con Rosalía y Paulina por la izquierda.)

ESCENA VII

OCTAVIO, EULALIA, ANTONIO y luego EMILIO

OCTAV. (Saliendo al foro.) No me engañé, es él.
EULA. ¿Y es un Marqués de veras?
OCTAV. Eso que tiene de particular. (Figura ir a recibirle y aparece con Emilio, cogido de su mano.)
EMIL. Ya ves como soy yo quien viene a buscarte. Estarás ya satisfecho de hallarte en tu casa.
OCTAV. Sí, mucho. Entra, voy a presentarte a mis dos viejecitos, a los autores de mis días, mis padres. (Antonio y Eulalia quedan cortados y saludando.)
EMIL. Y puede decirse los míos también, porque participo a ustedes que su hijo, es más hermano que amigo.
EULA. ¡Ah, señor Marqués!...
ANT. Señor Marqués...
EMIL. Permítanme ustedes, olviden mi título, o voy a creer que les molesta mi presencia.
EULA. ¿Cómo se le ocurre tal cosa?
ANT. ¿Cómo se le ocurre a usted?
EULA. Esta casa es la de usted.
ANT. Y lo será siempre.
EMIL. Gracias.

EULA. Ya sabe usted, mande en todo lo que sea, y les dejamos a ustedes, sin duda desearán hablar de sus cosas. (Bajo a su marido.) Vámonos los dos.

ANT. Con el permiso de usted, yo tengo algo que hacer, hasta luego. Supongo que no se marchará usted en seguida, vaya, hasta luego.

EMIL. Sentiría que mi visita fuera causa de...

EULA. Nada de lo que usted supone, al contrario. Hasta luego, hasta luego. (Se marcha haciendo reverencia, mientras dice a su marido.) Me parece que para Marqués se nos parece a nosotros demasiado. (Desapareciendo por el foro.)

ESCENA VIII

OCTAVIO y EMILIO, queda el primero algo abstraído.

EMIL. (Después de una pequeña pausa.) ¿Y qué? ¿No te encuentras entre los tuyos? Juraría que no estás satisfecho, a juzgar por tu semblante.

OCTAV. Es tal vez aun de la fatiga del viaje.

EMIL. Tal vez. Pero quien como nosotros está acostumbrado a penosas y largas travesías entre aquellos bosques, permíteme que califique de agradable paseo el viaje a Europa, a bordo de un trasatlántico de la Mala Real inglesa. Me engañé cuando te imaginaba dispuesto a reembarcar a los pocos días. No importa; descansaremos mayor temporada. Porque una de dos, o vienes conmigo o me quedo yo también.

OCTAV. Yo, siento decírtelo: debo quedarme.

EMIL ¿Per › hablas en serio?

OCTAV. En serio.

EMIL. Ay, amigo mío; confíame que en pocas horas, el ambiente paterno ha transtornado tu cabeza. La verdad, creía tener mayor ascendiente en ti. Que era tu amistad igual a la mía...

OCTAV. Emilio, no prosigas por este camino, ya que no consigues con ello otra cosa, que aumentar mis sufrimientos. Yo te debo eterna gratitud. Gracias a ti, a tus consejos y a tu omnímoda influencia también, he podido realizar magníficos negocios para la casa que yo represento. Jamás olvidaré los beneficios que le debo a tu amistad.

EMIL. Escuché pacientemente, dejándote manejar el incensario en contra mía, porque he descubierto en tus palabras, algo que amarga tu vida. No lo niegues, un secreto malestar.

OCTAV. Te engañas.

EMIL. Tú mismo me confesaste una pena, habla. ¿Acaso no soy en el viejo mundo el mismo amigo?

OCTAV. ¿Puedes dudarlo?

EMIL. ¿Entonces a qué viene?... Eres joven, emprendedor, activo, inteligente para los negocios, además, y porque no decirlo también, aunque sea inmodestia, me tienes a tu lado incondicionalmente.

OCTAV. ¡Oh! gracias, Emilio. (Efusión.)

EMIL. Tu porvenir se presenta con hermosos colores. Yo veré a tu principal, haciéndole comprender cuanto vales, lo que has hecho en beneficio de la casa, y una de dos, o te asocia, o te licencias hoy mismo. Cuando se hallen luego frente a frente contigo, comprenderán la pérdida. Juro hacerte millonario.

OCTAV. Pudieras abrir mi pecho y verías claro en él, cuanto es mi agradecimiento; pero amigo mío, no puedo, no puedo aceptar tan halagüeña proposición. Debo permanecer aquí.

EMIL. Tu no eres franco , hay algo que interesa tu corazón, alguna extinguida llama que de nuevo se ha inflamado. Si no es más que eso... y a propósito, esta noche he corrido

una aventura. Hice una conquista, mejor dicho, el prólogo de una conquista.

OCTAV. Cuéntame.

EMIL. La cosa más chocante. Salí del hotel, sin dirección fija, y al pasar frente un café concierto, entré en él, casi sin darme cuenta. (Movimiento de Octavio.) ¿Qué te pasa?

OCTAV. No, nada. Sigue.

EMIL. El local, con pretensiones de Music-hall, reune las peores condiciones. La atmósfera viciada, el techo de poca elevación, la abigarrada concurrencia... todo aquello me produjo un extraño efecto, y me dirigí al *foyer*, donde están las artistas, y otras que no lo son. Aquello era ya distinto; un relativo confort, menos gritos, y mejor concurrencia como puedes suponer. Sentéme maquinalmente, y abstraído hacía ciertas consideraciones no muy favorables hacia alguno de los concurrentes, que por su edad y posición parecíame salirse de aquel marco, cuando de improviso, vino a caer a mi lado, y tratándome con encantadora franqueza, una muchacha que contaría a lo sumo diez y siete o diez y ocho años. Bonita, simpática, alegre, con una de esas alegrías comunicativas. En fin, chico, en una palabra, que la invité luego a cenar, que ella aceptó con la mayor naturalidad, como si nuestra amistad fuese ya antigua.

OCTAV. Llegué, vi y vencí. Tú si que de ello puedes vanagloriarte.

EMIL. Pues mira lo que son las cosas; ya ves. Qué extraño efecto produciría en mí aquella juventud, aquella belleza, que sin poderlo evitar me puse sentimental. Latoso, como dijo ella muy graciosamente. Y no es que a la chica le faltara razón, después del filete a la Biernesa, el lenguado a la *gratin* y otros platos por el estilo, el que le proporcionaba con mis predicaciones algo mo-

ralistas resulta de un indigesto desesperante. Realmente a un misionero, se le concibe entre salvajes en las selvas vírgenes, entre antropófagos si quieres, pero no en el *foyer* de un Music-hall. (Octavio sonríe.) No rías, eso es la verdad.

OCTAV. No te extrañe. Tú no puedes figurarte el efecto que me produce el relato de tu aventura.

EMIL. Me convencí de ello, e iba ya a enmendarme cuando se presenta un caballerete que sin hacer cumplido alguno, y con una falta de educación irritante, sin pretextar la menor escusa, toma del brazo a mi bella comensal, no muy suavemente por cierto, soltando algunas palabras que creí prudente no entender, y allí me estuve ante una taza de moka, y aspirando los perfumes de un Murias, cuya humareda, elevándose, se desvanecía luego como se habían desvanecido mis predicaciones hacía poco rato. Y eso es todo. Parece como si la aventura te hubiese entristecido. Vamos, amigo mío, no hay que tomarlo tampoco tan a pecho. Confieso que han variado algo las costumbres durante mis años de ausencia. Me atreveré a decirte, que soy un extraño en la tierra que me vió nacer. Nos parecemos a dos amigos que los nuevos hábitos adquiridos nos separan uno de otro.

OCTAV. Esta es la verdad. En distinta esfera me pasa lo mismo, triste es confesarlo, pero yo también resulto un extraño a los míos. Se realizaron mis temores. ¿Qué me aconsejas?

EMIL. Lo que yo: que tomes el pasaje.

OCTAV. ¿El pasaje?... renunciar a...

EMIL. Octavio, amigo mío, háblame con entera franqueza. ¿No me consideras digno de abrirme tu corazón?

OCTAV. ¡Oh, calla!... ¿y puedes suponer?... Hoy

que sólo en el mundo me resta tu amistad desinteresada.

EMIL. Tu corazón alberga algo más que mi amistad. Estoy seguro de ello. No lo niegues.

OCTAV. Para quien como tú sabe leer tan hondo, tan adentro, son inútiles los fingimientos.

EMIL. ¿Lo ves?

OCTAV. Tienes razón. Sí, es verdad, pero es un imposible.

EMIL. ¿Por qué, si ella te corresponde?

OCTAV. Tengo pruebas. No es una ilusión pasajera.

EMIL. ¿Qué te detiene entonces?

OCTAV. Nuestra desigualdad social.

EMIL. No existe ante un amor verdadero.

OCTAV. Estás en un error.

EMIL. Ríete, no existe hoy día tal diferencia. Han desaparecido las rancias costumbres que nos separaban unos de otros. Del mismo modo que elevándote por ti mismo, te divorciaste de los tuyos, penetraste en la esfera de los que podían algún día alejarse de la tuya. Simple soldado, has ascendido, y en tu manga ostentas los tres entorchados.

OCTAV. Pretendes animarme. Agradezco tu buena intención.

EMIL. Oyeme. Yo vine al mundo rodeado de antiguos pergaminos. Mis primeros años transcurrieron entre los que consideran el trabajo como cosa despreciable y vulgar y atento a tales preocupaciones, en mi primera juventud me entregué al vicio y a la holganza. Una noche, ante el tapete verde, agoté cuanto encima llevaba y jugué sobre mi palabra, perdiendo una suma nada despreciable. El código del honor es inexorable ante tales deudas; confesé a mi padre aquel desliz, y ni aun queriéndolo él podía sacarme del apuro. Mi familia vivía esta vida ficticia, sosteníamos el rango como el funámbulo pasa la maroma, haciendo

toda suerte de equilibrios. Estábamos plagados de hipotecas, y sordo a mi desesperación, como si ello no bastara, el autor de mis días, por todo consuelo me arrojó de su lado, maldiciendo mis disipaciones. Fiel a la tradicional preocupación, creí que el desenlace debía confiarlo al cañón de una pistola. Reaccioné al contacto del arma suicida, y recobrando en un momento mi sangre fría, desaparecí por algún tiempo y a fuerza de trabajo, logré conquistar al cabo de tiempo una posición independiente. En posesión de una mediana fortuna, volví luego ante mi padre, ante aquel padre cuya maldición provoqué, y si bien se consideró vencido, la errónea idea del honor, no permitió dejarle convencido de mi rehabilitación. Por lo tanto, amigo, vivamos la realidad de la vida; trázate una senda, síguela hasta su fin, ponte en condiciones de satisfacer tus aspiraciones y no renuncies a lo que constituye tu ideal.

OCTAV. Tus palabras llevarían el convencimiento a quien no se hallara en mi caso. Yo no puedo ser egoísta. ¿Qué sería de los míos? Mi sitio es este, junto a ellos.

ESCENA IX

Dichos y ROSALÍA con elegante bata, luego TOMASÓN

OCTAV. Ni una palabra. (Presentándola.) Mi hermana Rosalía.

EMIL. ¡Señorita!... (Es ella.) (La reconoce.)

ROS. (¡Ah, el caballero de esta noche!)

OCTAV. Rosalía, mi mejor amigo el marqués de Santa Fe.

TOM. (Por el foro, que ha oído las últimas palabras.) (Nada menos que un marqués. Poco tardarán en ser amigos. ¡Qué suerte la de esta chica!)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Lujoso salón en casa de don Jacinto. Cuadros, tapices y objetos de arte esparcidos en profusión por la escena, todo muy recargado. Puerta al foro y laterales a derecha e izquierda en primer y segundo términos.

ESCENA PRIMERA

Doña AMALIA, sentada a la derecha en primer término junto a un pequeño mueble de salón, leyendo una revista ilustrada; cerca de ella MONTSERRATE bordando. A los pocos momentos de levantarse el telón, doña Amália, aprieta el botón de un timbre y aparece un CRIADO. Hasta la salida de éste, ninguna de las dos ha dicho una palabra.

AMAL. (Al Criado.) ¿Vino ya el señorito?

CRIADO No, señora.

AMAL. En cuanto llegue, dígale que deseo verle. Puede usted retirarse. (Vase el Criado.) Tu hermano es incorregible, me tiene muy disgustada. Veinticuatro horas que no ha aparecido. Qué vida... va a enfermar. Afortunadamente papá no se ha enterado aún. Tú veras en cuanto llegue. Es necesario que se reporte. Yo no soy exigente con él, comprendo que un joven a su edad no va a ser ningún Cartujo, y pase también por la posición que en la sociedad ocupa, que se vea obligado a ciertas exigencias pero todo tiene su límite. Contesta mujer, ¿te parece a ti regular la vida que lleva?

MONS. ¿Pero es que me he de convertir en su fiscal, acusándole de lo que tú le consientes?

AMAL. ¿Quién te ha dicho que yo se lo consienta? No hay nada de eso.

MONS. ¿Pues por qué temes que papá se entere?

AMAL. Mujer, dices las cosas de un modo, que hasta es una falta de respeto.

MONS. No, mamá, la falta de respeto sería darte lecciones para educar a tus hijos.

AMAL. Sí, tienes razón, no puedes dármelas y se volverían contra ti misma.

MONS. ¿Contra mí? Oye, mamá. ¿Voy a ser ahora yo la culpable? Tendría gracia.

AMAL. Pues a mí me hace muy poca. ¿Es qué te parece correcto lo que has hecho?

MONS. No sé a que te refieres.

AMAL. Mandar al Chaufeur con un recado preguntando a Octavio, si le había probado el viaje. Me parece que le bastaba el que fuera de nuestra parte. Ha sido una oficiosidad tuya. Al fin y al cabo, se trata de un dependiente de la casa de tu padre y nada debe importarte si va o si viene. ¿Qué habrá dicho el mismo Chaufeur? Sencillamente, que en esta casa todos somos unos, y no lo somos aún que te empeñes.

MONS. Oye mamá, se trata de Octavio, a quien siempre todos, hemos distinguido. Le hemos considerado algo más que un simple dependiente.

AMAL. ¡Cállate! Tu conducta es aún más vituperable que las calaveradas de tu hermano; él no olvida el sitio que ocupa en la sociedad.

MONS. ¿Que no lo olvida?

AMAL. ¿Qué?... ¿qué significan tus dudas?

MONS. No, nada, nada. Ya dije que yo no soy ningún fiscal. Aquí viene.

ESCENA II

Dichas y RICARDO por el foro

RICAR. Mamá, ¿qué se te ofrece?
AMAL. Oye...
RICAR. Un beso. (Se lo da.)
AMAL. Siéntate, tenemos que hablar.
RICAR. Bueno, obedezco, pero antes toma. (Le da una factura.)
AMAL. ¿Qué es eso?
RICAR. El recibo del caballo que ya sabes que acabo de comprar. Tú debes darme ahora los cuatro mil reales que faltan, a fin de que papá no se entere de lo que pagué por él. Trato es trato. Ya sabes que quedamos así.
AMAL. Es verdad, sí, tienes razón. Procura que no se entere.
RICAR. Ya me cuidaré de ello.
MONS. Ya lo creo que se cuidará.
RICAR. ¿Qué? ¿Tienes en ello algo qué ver?
MONS. No, hijito, no. Allá tú con lo tuyo.
RICAR. Con lo mío naturalmente. Ya sé que no iba a avergonzarte el verme por el paseo haciendo el ridículo montando un mal jamelgo.
MONS. Anda con Dios, anda, no quiero cuestiones contigo.
AMAL. Vamos, basta; es mucho cuento que estéis los dos siempre como perro y gato. Y dime, ¿dónde tienes este dichoso caballo?
RICAR. Si te parece daré orden para que lo suban.
AMAL. ¡Pero qué contestaciones... ¡Jesús! Quise decir, si está ya en la cuadra.
RICAR. Naturalmente. Pues a que vine sino a decírtelo.
AMAL. Me gusta la franqueza. De modo que tú entras a verme sólo cuando te conviene. (Montserrate sonríe.) ¿Y tú de qué te ríes?
MONS. Pero mamá, ¿es que en esta casa ni puede una reirse cuando le parezca?

RICAR. Por mí puedes reirte hasta reventar.

AMAL. ¡Hijo! ¿qué palabrotas son esas? ¿Volvemos a las andadas? ¿Queréis callar los dos?

MONS. Pero, mamá, si no le he dicho una palabra.

RICAR. Como si fuera preciso que hablaras para entenderte.

MONS. Pues mira, no deja de ser una gracia.

AMAL. Baste dije. (A Ricardo). Y cállate tú también. (A Montserrate). Luego te daré las mil pesetas. Pero hijo mío, es preciso que moderes algo tus gastos, y sobre todo, que no se pasen tantas horas sin que te veamos. Apenas te sientas nunca en nuestra mesa. Ya sé que hay a veces compromisos con los amigos.

MONS. O amigas. (Entre dientes).

AMAL. Pero considera que tus padres desean que les acompañes de cuando en cuando.

RICAR. Oye, mamá, ¿soy acaso un hortera que tiene las horas fijas para comer y que va del mostrador a la mesa y de la mesa al mostrador? La verdad, yo creí que debía portarme conforme los de mi clase. Haberme criado entonces de modo distinto.

MONS. Sí, señor, tiene razón.

AMAL. ¿Razón en qué?

MONS. En que debía habérsele criado de modo distinto.

RICAR. ¡Montserrate, tengamos la fiesta en paz!

AMAL. ¡Otra vez!

RICAR. ¡Es ella!

MONS. Porque le doy la razón.

AMAL. Silencio. ¡Vuestro padre!

ESCENA III

Dichos y don JACINTO por el foro.

JACIN Así, así me gusta, al lado de vuestra madre los dos.

AMAL. Creo que es el sitio de todo buen hijo.

JACIN. Naturalmente.

RICAR. ¡Papá!...

JACIN. ¿Qué? ¿qué vas a decirme que está ya el dichoso caballo en la cuadra? Le he visto, le he visto entrar en ella. ¿Ves, hombre, lo que yo te decía como te rebajaron los cuatro mil reales? Confiesa que no tienes el tacto comercial de tu padre.

RICAR. Lo confieso.

AMAL. Que ha de tener él.

MONS. (A ver aquí quién de los dos es el que más lo tiene).

JACIN. ¿Y tú, hija mía? ¿Qué estás haciendo?

MONS. Me entretengo bordando.

JACIN. Bueno, bueno, perfectamente; la ociosidad es la madre de todos los vicios.

RICAR. Mamá, me tomé la libertad de invitar hoy a comer a Pepe Serrano y a Ramiro, mis dos mejores amigos a quienes tú ya conoces.

JACIN. Te lo agradezco; por lo menos comerás hoy con nosotros.

AMAL. Son dos jóvenes muy atentos y bien educados los dos.

MONS. (Y despreocupados).

RICAR. Y que Ramiro me pregunta siempre por ti. (A Montserrate).

MONS. Pues que vaya preguntando.

AMAL. Eres muy desatenta, hija mía, y te participo que el amigo de tu hermano, no me desagradaría. Ya no eres una niña, y debes decidirte por uno u otro. Se te han presentado partidos brillantísimos, y sin embargo tú...

MONS. Pero, mamá, ¿es que estoy demás en casa?

AMAL. ¡Qué chica esa!...

RICAR. Ves, mamá, qué contestaciones.

JACIN. Tiene razón, y no me explico tu proceder, mejor dicho; no quiero explicármelo, porque me obligaría a creer cosas muy poco en armonía con lo que debes a tu familia y a ti misma. En fin, no se hable más del

asunto, pero te advierto, que sería inexorable.

ESCENA IV

Dichos y el CRIADO con una tarjeta en una pequeña bandeja

JACIN. ¿Qué hay?

CRIADO Esta tarjeta.

JACIN. (La toma.) Tiene gracia. (Después de leerla.) Era lo que me faltaba ver.

AMAL. ¿Qué ocurre?

JACIN. Nada, que mi dependiente, el hijo de los colonos de nuestra casa de recreo, se da ínfulas también de gran señor. (Monserrate no puede ocultar su turbación.) Se le subió el cargo a la cabeza.

AMAL. ¿Y qué quiere?

JACIN. Me anuncia su visita para hoy. Vamos, que es gracioso.

AMAL. Si querrá que se le reciba con música.

RICAR. Y que iluminemos la fachada. Pues no gasta pocos humos el hijo del ex mozo de tu despacho.

MONS. (No pudiendo contenerse.) Papá, no estás justo dejando que se le ofenda en su ausencia. Tú mismo has dicho distintas veces que es un joven aprovechadísimo, y que ha proporcionado muy buenos rendimientos a la casa.

RICAR. Ya apareció el peine.

MONS. Sí, señor, que apareció y será mucho mejor que te calles.

RICAR. ¿Callarme? ¿y por qué? Anda, mujer, si te estás vendiendo tú misma con el pretexto de defender a los ausentes.

MONS. Es más noble que atacarlos cuando existen motivos para lo contrario.

RICAR. ¡Bravísimo, esforzado paladín! ¿Qué te parece, papá?

JACIN. Lo que a mí me parece es que pongo punto final. (Acabando de leer la tarjeta.) «Tengo

el hónor de participarle que vendrá conmigo, a ofrecerle sus respetos mi buen amigo el Marqués de Santa Fe.»

AMAL. ¿Qué? ¿qué dice?

RICAR. ¡El Marqués de Santa Fe!

JACIN. El banquero más acaudalado de la América del Sur.

RICAR. ¿Y dice su amigo?...

AMAL. Tal vez habló con él un par de veces; todo lo más será un compañero de viaje.

RICAR. Eso, todo lo más. Cosa que no hubiera sucedido, si papá hiciera que sus dependientes no viajaran en una clase que no les corresponde.

JACIN. Confesemos cuando menos que ha sabido escoger el pabellón con el que encubre sus humillos. De tal manera logrará hacer suyas también las atenciones con que distingamos al Marqués. Magnífico. Desgraciadamente para él, descubrí el juego a tiempo, y le demostraré la distancia que media entre unos y otros.

RICAR. Es intolerable tanta osadía.

JACIN. Sí, pero ante el Marqués, no podemos darle un desaire. Aunque muy a pesar mío, habrá que invitarle a comer.

AMAL. ¿Invitarle?

JACIN. No hay otra solución.

RICAR. Por Dios, papá. ¿Van a sentarse mis amigos al lado de este advenidazo en nuestra mesa? El hijo de Antonio y Eulalia?

MONS. Y el hermano de Rosalía. (Con intención.)

RICAR. ¿Y qué pretendes significar con eso, vamos a ver? (Esta sabe algo).

MONS. Yo nada; cuéntaselo al Chauffeur.

AMAL. ¿Al Chauffeur?

RICAR. Déjala, mámá, que no sabe lo que se dice.

AMAL. Hijo mío, por Dios, no me des motivos de disgusto.

JACIN. Amalia, ve a dar las órdenes para la comida. (Toca el timbre y aparece el criado.) En

cuanto lleguen estos señores que pasen a mi despacho. (Vase.)

AMAL. (A Ricardo.) Entra luego a mi habitación que te entregaré las mil pesetas y por Dios y por la Virgen, hijo, te lo repito, no me des motivo de disgusto. (Vase).

ESCENA V

MONSERRATE y RICARDO

RICAR. Acabemos, ¿qué tienes tú que decirme de la hermana de Octavio y del Chaufeur?

MONS. (Dejando la labor.) Que no tienes conciencia, que es una picardía lo que estás cometiendo.

RICAR. ¿Pero te has eregido en el censor de mis actos? Consulta antes los tuyos, que harto trabajo tendrás en ellos y déjame a mí.

MONS. Sabía de qué modo iban a aprovecharte mis palabras, pero repito que es una infamia lo que estás haciendo; si, lo es, y además peligroso.

RICAR. ¿Peligroso? No sé a qué peligro puedes referirte. Mira, mira, déjame en paz.

MONS. Naturalmente que te dejo, pero te avisé a tiempo : peor para ti si no me haces caso alguno. Te advierto, y hago más de lo que debiera, que si te has creído burlar al hermano como a los pobres viejos, te llevarás chasco. Si Octavio se entera de lo que está sucediendo, te exigirá una reparación.

RICAR. ¿Armado tal vez con el libro mayor o el de cuentas corrientes?

MONS Eso no lo sé, pero asistido de toda la razón.

RICAR. Bah, Bah...

MONS. Que te conste y no juegues con él.

ESCENA VI

Dichos, PEPE y RAMIRO

PEPE Adiós, Ricardo

RICAR. Hola, ¿conque vosotros? Hace rato que os aguardaba.

RAM. Adiós, chico. (Ricardo les hace seña de que no está solo.) ¡Ah! usted perdone, Monserrate. (La saluda.)

PEPE No habíamos tenido el gusto... (La saluda.) Tan laboriosa...

RAM. Y tan encantadora.

MONS. ¿Pero se lo traían ustedes ya aprendido?

RICAR. Monserrate, por Dios.

PEPE ¡Graciosa, graciosísima!...

RAM. Y muy cruel.

RICAR. ¿Queréis ver el caballo, eh? Vamos a la cuadra.

MONS. (Y no os mováis de allí.)

PEPE ¿Lo tienes ya? Te felicito chico. Es una gran adquisición. Vamos, si te parece. Nos da usted su permiso, ¿verdad, Monserrate?

MONS. Sí, vayan ustedes a la cuadra.

PEPE Je, je, je... no parece sino que nos manda usted a ella. ¿Vienes con nosotros, Ramiro?

RAM. Sí, luego, soy con vosotros. (Se acerca a Monserrate.)

RICAR. Déjalo, ya vendrá. (Vánse Ricardo y Pepe.)

MONS. (Declaración mil y una.)

RAM. Una palabra sola.

MONS. ¿Una?

RAM. Una.

MONS. No es mucha la exigencia.

RAM. Dígame si al fin podré esperar...

MONS. Pero que no sepa usted decirme otra cosa.

RAM. ¿Es que otro más afortunado?...

MONS. ¿A qué llama usted afortunado?

RAM. ¡Que usted me lo pregunte, Monserrate!...

ESCENA VII

Dichos, OCTAVIO y EMILIO, precedidos del CRIADO que trae sus tarjetas en una bandeja de plata.

CRIADO El señor les aguarda a ustedes en el despacho, voy a pasarle sus tarjetas.

EMIL. No, aguarde. (Le quita una.) Por ahora sólo la mía. (Monserrate vuelve la cabeza y al apercibirse de Octavio, corre hacia él dejando a Ramiro con la palabra en la boca.)

MONS. ¡Ah, Octavio! (¡Gracias a Dios!)

OCTAV. ¡Monserrate.

RAM. (¿Quién será este hombre?)

OCTAV. (Presenta a Emilio.) Mi mejor amigo, el Marqués de Santa Fé. (Se saludan.)

EMIL. Señorita.

RAM. (¿Quién será este marqués y el que lo presenta?) Monserrate, si usted me permite voy a reunirme con su hermano. Caballero... Señor mío... (Les saluda.)

MONS. Hasta luego, Ramiro.

RAM. (Creo tener la solución.) (Vase.)

ESCENA VIII

MONSERRATE, OCTAVIO y EMILIO, luego el CRIADO nuevamente

EMIL. Señorita, la verdad, ardía en deseos de conocerla a usted.

MONS. Gracias, agradezco el deseo, pero...

EMIL. Y debo confesarle que las impresiones que de usted tenía, eran pálidas al lado de...

MONS. ¿Pero dónde las había usted recibido?

EMIL. En sitio donde no me habría sido posible antes del viaje del gran Genovés.

CRIADO El señor aguarda en el despacho.

OCTAV. Monserrate...

EMIL. No, tú te quedas. Por ahora es a mí sólo

a quien recibe. Fué mi tarjeta la que le entregaron.

OCTAV. Sí, pero...

EMIL. Llegó el momento de realizar una venganza que he acariciado durante algún tiempo.

MONS. ¿Una venganza?

EMIL. Y usted, señorita, era el objeto de ella. Hágase usted cargo, señorita, que he pasado años condenado a elogio perpetuo de la persona de usted. De día, de noche, a todas horas. Pues bien, en pago de este servicio, yo le suplico que por lo menos durante algunos minutos, sufra usted los elogios que le hará de mí. Es el único medio de liquidar nuestras cuentas atrasadas.

MONS. (Sonriendo.) Temo quedarle aún deudora.

EMIL. Hasta ahora, señorita. (A Octavio.) Volveré por ti.

OCTAV. Aquí te aguardo. (Estrechándole la mano.)

ESCENA IX

OCTAVIO y MONSERRATE

OCTAV. ¡Monserrate!...

MONS. Venga, siéntese, o mejor dicho, siéntate.

OCTAV. Gracias, amiga mía, eso me demuestra que los años transcurridos...

MONS. En nada alteraron mi pensamiento, al contrario. Hoy más que nunca, me afirmo en las palabras que te dirigí al despedirnos hace diez años.

OCTAV. Deja que por un instante olvide la realidad, que vuele mi fantasía, nivelando, aunque no sea más que por, momentos el abismo que nos separa.

MONS. ¿Quién habla de separaciones ni de abismos? Creí que llegarías menos cobarde. Lucharemos. ¿Te figuras que mi firmeza

vacilará ante los obstáculos que se opongan a nuestra felicidad? ¿Ante las preocupaciones hijas de un estado de cosas que el tiempo se encargará de destruir algún día?

OCTAV. Nosotros, o mejor dicho tú, Montserrate, no te das perfecta cuenta de las circunstancias que nos rodean. El prisma a través del cual contemplas la vida, por lo que a nosotros se refiere, es de un color muy distinto. ¿Y dices que creías que iba a llegar menos cobarde? ¿Crees que son mis palabras producto de la falta de valor? Al contrario, con ellas tienes la prueba de que soy un héroe, porque héroe es, quien como yo arranca de su corazón cuanto de más sagrado guarda en él, que es tu cariño, y no satisfecho aún, procura convencerte a ti misma de la imperiosa necesidad de que hagas tú lo propio, de que me olvides.

MONS. Eso no, no te esfuerces.

OCTAV. Oyeme, Monserrate; porque te adoro con delirio, porque antes de la satisfacción de mis ardientes deseos quiero tu tranquilidad, no puedo con un egoísmo, que ni yo mismo perdonaría, sacrificarte a mi triste situación. Tu amor ha sido un sueño delicioso que durante diez años acaricié lejos de ti, pero hoy que la realidad despertóme, aprecio en toda su crudeza la distancia que nos separa, yo con el mayor sentimiento debo decirte: despierta tú tambien, juzga la vida cual es, despójate de sentimentalismos, tiende una mirada a cuanto te rodea, aquí donde la opulencia ha reunido todos los refinamientos modernos, todas las comodidades del moderno confort, y con los mismos ojos, tiende la mirada hasta las afueras de la ciudad, allí; donde en vuestra casa de recreo hay la modestísima habitacion de aquellos pobres viejecitos a los cuales debo la vida. Sólo así, con tal esfuerzo, contemplando la diferencia

que palpablemente hablará a tu mirada, la la prosa, si tú quieres de la vida, hará que con exactitud aprecies la distancia que a los dos nos separa.

MONS. No, no me convenciste. Aquí no veo otra cosa que tu altivez, tu orgullo.

OCTAV. Sigues mirando a través del prisma de falso color.

MONS. Es orgullo, lo repito; orgullo de tu altivez que no se sacrifica a mi cariño. Eres un ingrato.

OCTAV. Por Dios, yo te pido, que para convencerte, no me obligues a revelarte lo que me humillaría más ante ti. Oye; sabía la humilde posición de los míos. Juzgaba que me bastaría asegurar su subsistencia, que sólo mi apoyo material debería prestarles, pero desgraciadamente no es así. Es algo más lo que necesitan. No puedo apartarme de su lado.

MONS. Dime la verdad. Confiesa que te reconoces extraño entre ellos. (Octavio baja la cabeza.) También lo soy yo entre los míos, sin haberme alejado de su lado diez años, como tú de los tuyos.

OCTAV. ¿Tú también?

MONS. Sí. Octavio, no sé si con pena debo hacerte semejante confesión, o si por el contrario tienes que felicitarme. Mi familia y yo, somos una cosa así como dos cantidades heterogéneas que no pueden sumarse.

OCTAV. Mi amigo. Cállate.

ESCENA X

Dichos y EMILIO

EMIL. Amigo Octavio, te llegó el turno, el papá de la señorita te aguarda en su despacho.

OCTAV. Voy con su permiso.

EMIL. No quise extremar tampoco la venganza de que hablé a ustedes.

MONS. Debía usted no tenernos piedad alguna; casi le diré que no le agradezco la generosidad.

EMIL. Yo le prometo en otras ocasiones, que no faltarán, llegar al ensañamiento.

OCTAV. No quiero hacer aguardar a su papá, señorita.

EMIL. Anda, y aquí te aguardo nuevamente. (Octavio se marcha saludando a Monserrate mientras Emilio les contempla sonriendo.)

MONS. Usted, amigo mío, me permitirá tambien. Mamá me aguarda hace un rato.

EMIL. Antes me permitirá usted que la felicite, admire y aplauda. (Monserrate que ha ido al foro se detiene. Emilio hace ademán de aplaudir.)

MONS. ¿Aplaudirme a mí? (Sonriendo.)

EMIL. ¡Con entusiasmo! ¡Ovacionarla!

MONS. No comprendo.

EMIL. Estoy persuadido de ello, o en caso contrario, debe haber sido mi amigo Octavio un malísimo intérprete de mi juramento de venganza.

MONS. (Vuelve al proscenio rápidamente y estrecha la mano de Emilio.) ¡Oh, sí! Le comprendo a usted. (Se retira con cómica seriedad, y al llegar al foro saluda.) ¡Señor marqués!...

EMIL. ¡Señorita!... (Imitándole. Se echan a reir los dos, y Monserrate desaparece.) ¡Encantadora!

ESCENA XI

EMILIO; a poco RICARDO, PEPE y RAMIRO

EMIL. Es esta la primera vez que envidio a mi amigo. Han nacido uno para otro. ¡Vaya si se casarán!

RICAR. (Sorprendido al ver a Emilio.) ¡Caballero! ¿Usted en mi casa?

EMIL. (El de anoche!) Sí, sí, señor. (Quedan todos algo desconcertados.) ¿Qué ve usted en ello de particular?

RICAR. La verdad, no creí que atribuyera usted tal importancia al incidente ocurrido anoche. A pesar de todo, soy un hombre de honor, y si no le sirven mis excusas, (Bajo a Emilio.) acudiré donde sea.

PEPE ¿Qué ha sido?

RAM. ¿Qué sucede?

RICAR. No, nada; una circunstancia que nos hizo ayer noche conocer a los dos, pero que no creí le atribuyera el alcance que representa su presencia en este momento. Me permitirá usted antes que me interese saber con quien tengo el honor...

EMIL. Con el marqués de Santa Fe.

PEPE (¿Santa Fe?)

RAM. (Algo sé yo de este hombre.)

EMIL. Creo hablar al hijo del jefe de mi íntimo amigo Octavio, ¿es cierto?

RICAR. No se engaña usted. (¿Qué querrá?)

RAM. (Bajo a Pepe.) A ver en qué para todo.

RICAR. Yo no tenía el honor de conocer a usted personalmente, y espero que excusará mi conducta de ayer noche, no atribuyéndole importancia alguna, ya que ni el sitio, ni tratándose de la persona que se trataba, puede caber la más mínima ofensa. Le aseguro que en el alma deploro...

EMIL. Admitidas sus excusas; y ha juzgado usted mal al atribuir mi presencia a lo ocurrido anoche. La casualidad es la que nos ha reunido nuevamente. (Pobre Octavio! ¡Infame!)

RICAR. De manera que estamos de acuerdo los dos, conviniendo en que no hemos de insistir acerca del asunto.

EMIL. Es más: en que debemos olvidarlo. ¡Que diera la mitad de mi vida para borrarlo, tratándose de la hermana... de quien usted ya sabe!...

RICAR. Me felicito de que así opine usted.

EMIL. Y me atrevo a darle a usted un consejo.

RICAR. Que acepto siendo suyo.

EMIL. No se exponga a un conflicto. Octavio...

RICAR. Marqués, por Dios; sospecha que iba a darle las mismas satisfacciones que a usted.

EMIL. No le bastarían tampoco.

RICAR. Es que no le daría la más mínima. El mismo reconocería la diferencia...

EMIL. Se engaña usted; no existe en lo que el gran Calderón llama el «patrimonio del alma».

RICAR. Repito que ni lo intento. (Apercibiéndose de que sus amigos se apartaron.) Tengo el gusto de presentaros al marqués de Santa Fe, uno de los más poderosos banqueros del Nuevo Mundo.

PEPE Señor Marqués...

RAM. (Inclinándose.) (¡Ah! Sí, ya sé quién es. Ya recuerdo.)

RICAR. Mis buenos amigos Pepe y Ramiro. (Todos se saludan ceremoniosamente.) Y que llega del otro Continente con ideas bien peregrinas, por cierto, acerca de la diferencia de clases.

PEPE Influencia del clima.

RAM. O del medio ambiente.

EMIL. Ni una cosa ni otra; no, no, señores, nada de eso.

RICAR. Usted perdone, amigo Marqués; usted afirma que ciertos sentimientos, como el del honor, por ejemplo, son asequibles por un igual a todas las clases sociales.

EMIL. ¿Qué duda tiene?

RICAR. Ya estéis oyendo.

PEPE Es un absurdo.

RAM. (Vas ahora a ver.) ¿Cree usted, Marqués, que el expulsado de un círculo aristocrático por haber faltado a las más rudimentarias leyes del honor, de eso que para ustedes es en todos igual, puede luego presentarse en donde le plazca?

EMIL. No siga usted, no se moleste en suposiciones, yo le allanaré el camino. El expulsado de este centro aristocrático está aquí, soy yo. (Sorpresa general.) Sí, yo mismo; si

usted cree que mi amistad le rebaja o deshonra, puede usted desde este instante retirármela; francamente, me sabré pasar también sin ella.

RICAR. (Bajo a Ramiro.) ¡Desgraciado! ¡Este hombre podría arruinarnos!

RAM. (Bajo a Ricardo.) Pues, hijo, hablar antes. (A Emilio.) Usted perdone, yo ignoraba, jamás fué mi intención...

PEPE (¡Qué plancha!)

EMIL. ¿Ven ustedes ahora si es convencional eso que ustedes llaman honor? Una pequeña frase deslizada al oído bastó para que en un instante modificara el concepto hacia mi persona. Ya no considera usted deshonrosa mi amistad. Los harapos de este maniquí, como por encanto se han trocado con la bordada túnica.

RAM. Permítame que...

PEPE ¿Qué teoría, pues, es la de usted en esta materia?

EMIL. Afirmo que la idea del honor, en concreto, es una paradoja.

RICAR. ¡Por Dios! ¡Marqués!...

PEPE En una palabra: que no existe.

EMIL. Poco me costará probarlo.

RAM. De manera que la sociedad...

EMIL. Cada cual lo ve a su modo.

RAM. Ahí no estoy conforme. El honor es uno sólo.

EMIL. Permítanme ustedes que les cuente una historia, de la cual fuí protagonista. Recorriendo unas tribus asiáticas llegué al palacio de un jefe del Tibet, donde fuí recibido con las mayores muestras de hospitalidad. Luego de darme la bienvenida, hizo sentarme a su lado, y sin otras ceremonias, me presentó a su mujer, diciéndome: «Queda ella encargada de cumplir contigo los deberes de asilo que te ofrezco.» Advertiré, como vía de aclaración, que no se trataba de un adefesio, ni mucho menos, al

contrario. Era una mujer joven y escultural.

RAM. No deja de ser interesante el relato.

EMIL. Fuí objeto de las mayores atenciones, y recordando las leyes que en Europa llamamos del honor, me porté como un héroe ante las seducciones de aquella mujer, creyendo que con ello cumplía como caballero.

PEPE Efectivamente. Hay que reconocerlo.

EMIL. Amigo mío, ¡cuán engañado está usted! Y calculen de mi sorpresa cuando, a la mañana siguiente, vi apuntadas contra mi pecho las puntas de las espadas de aquellos mismos que yo creí haber respetado el honor de su jefe. «Extranjero—me dijo,—has despreciado el más rico presente que podía ofrecerte; has deshonrado mi casa, que te recibió con franca hospitalidad; debes morir.» Para salvarme me fué preciso confesar mi ignorancia en materias del honor, que con mi conducta había creído respetar. ¿Qué les parece a ustedes? ¿Cómo hacer comprender al jefe tibetano *El Médico de su honra* o *A secreto agravio secreta venganza.* El clásico autor, en materia de honra, se habría encontrado, con el Tibet, en el mismo caso que yo.

RAM. Con tales teorías...

EMIL. Quedamos a la hora presente que ignoramos lo que es el honor. Podría insistir, pero temo abusar.

PEPE. No, no señor, en modo alguno, al contrario.

RAM. Lo escucharemos complacidísimo.

EMIL. Ya que ustedes se empeñan, referiré un caso nuevo, y será el último. No es género de importación como el anterior. Es fabricación nacional. El honor a la europea. Atiendan ustedes. Es si se quiere vulgar, vulgarísimo. El hijo de una acaudalada familia, sedujo a una pobre muchacha abandonándola luego. Ya ven ustedes si es de

un vulgar que asusta. Fuéle exigida al seductor la reparación, acudióse ante los tribunales y se logró, caso raro, una sentencia condenatoria. Desde aquel instante, la sociedad considerólo deshonrado, ante el estigma de aquella condena.

RAM. Lo cual es lógico.

EMIL. Permita usted. En la actualidad, no me sería difícil señalar quien ha cometido una infamia parecida, quien se encuentra en idénticas circunstancias y sus amigos, a quienes consta, no se consideran deshonrados con su amistad. Aquellos mismos amigos, que tal vez le rechazarían, si fuera condenado por su delito. Díganme, pues, ustedes: ¿es en la falta, o en la expiación donde reside el sentimiento del honor? El honor a la europea, lo que ustedes defienden como a tal, ¿se apoya, pues, solamente en la impunidad del delito?

RICAR. (¡Este hombre se refiere a mi caso!)

EMIL. Pero no me negarán ustedes que a falta de sentencia, puede haber quien tenga para su uso particular, una idea del honor que arme su brazo y levante la tapa de los sesos al seductor. (Movimiento en todos.) Y es más aun; tal vez el agresor, satisfecha su honra, se vea obligado a arrastrar la cadena del presidiario, y no sin razón dirá que por su honor la arrastra. Consideremos también deshonrado al marido a quien su esposa engaña, al padre que le seducen la hija, y al hermano cuya hermana burlaron. Campo del honor es el nombre que se da al sitio donde con sangre fría, comparecen dos hombres con la premeditada idea cada uno de ellos de cometer un homicidio, amén de los cómplices que les acompañan y así por el estilo, podríamos ir recogiendo aquí y allá flores para formar un buquet del honor a la europea, de tal modo, que puestas sobre

el pecho nuestras manos, casi tendríamos razón de envidiar la idea que los tibetanos abrigan acerca este sentimiento.

ESCENA XII

Dichos y OCTAVIO que apareció momentos antes.

EMIL. ¿Eres tú, Octavio?
OCTAV. Sí, que oí tus últimas palabras.
RICAR. (¡El hermano!) (Bajo a Ramiro). ¿Quién es?
PEPE ¿Quién es?
RAM. (Bajo a Pepe). (Cállate, ya lo sabrás).
EMIL. Vente, estás aquí demás.
OCTAV. Sí, pero aguarda aquí un momento. (Va a dirigirse a Ricardo. Emilio le detiene).
EMIL. No, perdona, al señor debes dirigirte a solas.
OCTAV. ¿Qué?...
EMIL. Sí, ya sé el nombre del que ayer me arrebató de la mano a mi pareja.
OCTAV. ¡El! ¡Ah, infame! ¡nos veremos!
RICAR. Estoy a sus órdenes. (Octavio duda un momento hasta que toma a Emilio del brazo).
OCTAV. Sí, tienes razón. Salgamos de esta casa. (Vanse dirigiendo una amenazadora mirada a Ricardo).
RAM. (A Ricardo). Chico, eso toma un cariz muy feo.
RICAR. Cuento con vosotros.
PEPE No faltaba otra cosa. (Se estrechan la mano.)

TELON RÁPIDO

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del primero. Un quinqué encendido encima la mesa. Amanece y el día avanza según se indica.

ESCENA PRIMERA

OCTAVIO sentado junto a la mesa, y apoyando la cabeza en las palmas de sus manos, de codos encima la misma. TOMASÓN aparece por el foro.

TOM. Salud y buenos días.

OCTAV. Buenos días, Tomasón.

TOM. Que madrugador es usted, señorito Octavio.

OCTAV. Sí, algo.

TOM. Mal hecho. Yo, en su lugar, cuidado si se me pegarían las sábanas. Hasta que me avisaran para el almuerzo; entonces sí que me levantaría, para volverme luego a descansar un ratito hasta la hora de la comida.

OCTAV. Eso, y luego la siesta hasta la cena.

TOM. No, señor, a lo sumo, hasta la de la merienda, y luego a dar un paseo a fin de que se me abriera el apetito para la cena.

OCTAV. (Aquí está embrutecido todo el mundo). ¿Y así tú crees que vivirías ya satisfecho?

TOM. ¿Es qué la vida puede aprovechar para algo más que para comer y dormir?

OCTAV. (Sonriendo). Sí, tienes razón, para nada más.

TOM. Claro. Y échese a la espalda lo restante.

Porque es lo que yo digo. En esta casa, sólo hay dos que sepan lo que se traen entre manos. Usted, y su hermana Rosalía. (Octavio reprime un movimiento). Sí, señor, aquí tiene usted a su padre y a su madre, que ya han llegado a viejos; ¿a ver qué han sacado en trabajar toda su vida? Nada.

OCTAV. (Materialismo, habla por boca de la estupidez.)

TOM. En fin, que vamos a hacerle. (Tomando las herramientas). Arre, burro, arrea, y a tu noria otra vez. (¿A que éste no se ha metío hoy en cama?) Me parece que no está usted hoy del todo bien.

OCTAV. ¿Por qué?

TOM. Digo que lo parece. Tiene mal semblante.

OCTAV. Podría ser.

TOM. Pues no andarse con bromitas, que la salud hay que cuidarla.

OCTAV. ¿Y tu madre vive aún?

TOM. Ha tres años que murió.

OCTAV. ¿Y vives con tu hermana?

TOM. Ca, ni sé nada de ella tampoco. Otra que también supo lo que se traía entre manos.

OCTAV. ¿Y eso?

TOM. Ya lo creo; con unos sombrerazos y gastando coche.

OCTAV. ¿Y estás satisfecho de ello?

TOM. Diré a usted; mientras vivió mi madre, menos mal, porque algo se pescaba.

OCTAV. ¿Es decir que se pescaba algo?

TOM. La verdad. Pero desde que murió la vieja, ni un céntimo.

OCTAV. ¿Y ésta es la única queja que tienes de tu hermana? ¿Qué ahora no se pesca nada?

TOM. ¿Le parece a usted poco?

OCTAV. ¡Desgraciado!

TOM. Eso sí que puede usted decirlo, más desgraciado de lo que usted se figura.

OCTAV. (No hay dentro estas paredes ni un sólo elemento sano).

TOM. (¿Qué mosca le habrá picao a este?)

ESCENA II

Dichos y EULALIA

EULA. (A Tomasón). ¿Pero no se empieza hoy?
TOM. (El cantar de toos los días). Era que el señorito me preguntaba...
EULA. Escusas nunca faltan. Es ya de día. (Apaga la luz).
TOM. Usted, creo que iba a consentir que me matara trabajando.
EULA. No hay cuidado, no sucederá tal cosa.
TOM. Y que ya me cuidaré yo. Conque agur. (Vase cantorreando).

ESCENA III

Dichos menos Tomasón

EULA. Pero, hijo mío, Octavio, tu no te has metido en cama esta noche.
OCTAV. ¿Y cree usted que habría dormido?
EULA. ¡Esta indina va a matarnos a todos!... ¡y sin levantarse aún!... ¡Verás yo!...
OCTAV. No, déjela que duerma.
EULA. ¿Cómo que la deje?... ¡no faltaba otra cosa! (Se acerca a la segunda izquierda y llama.) ¡Rosalía! ¡holgazana! ¡levántate! ¡aprisa! ¡Tú verás desde hoy si cambiará! ¡La gran!... ¡avergonzarnos de este modo!... ¡a nuestra edad!... ¡quién podía sospechar!...
OCTAV. Madre mía, es triste confesarlo, pero no nos asiste el derecho de tratarla como se merece.
EULA. ¿Cómo no? ¿tú crees que una madre no lo tiene siempre?
OCTAV. Siempre no.
EULA. ¿Qué no?
OCTAV. No, señora. Usted consentía que pasara las noches fuera de casa.

EULA. Pero creyendo que estaba al lado de su hermana. ¡Cómo podía figurarme!...

OCTAV. ¡Su hermana!.. Buena elección había usted hecho! Prohibo que ni ella ni su marido, pongan nuevamente los pies en esta casa.

EULA. No temas. Ellos son la causa de todo.

OCTAV. No, de todo no, tampoco estoy conforme. A usted le constaba que Ricardo iba algunas veces con ella al teatro y a los bailes de máscaras, sin que se la vigilara.

EULA. Pero, hijo mío, ¿si crees que yo a mis años, y con el trabajo que pesa sobre mí, podía acompañarla? Lo que puedo asegurarte, es que a nuestro lado, jamás vió un mal ejemplo.

OCTAV. Madre, usted no me entiende o no quiere. ¡Van ustedes a volverme loco!

EULA. No, hijo mío; por Dios, sosiégate, ten calma. ¡Y que de todo sea culpable esa!...

OCTAV. Acabemos, no es hora de inútiles exclamaciones ni de improperios que a nada conducen. Precisa algo práctico, sea lo que sea.

EULA. No, ya sé desde hoy, lo que debo hacer con ella.

OCTAV. Mire usted, que huyendo de un extremo, nos precipitaremos en otros peores. Con una dósis de buena voluntad, por parte de todos, tal vez, podamos aún detenerla en la pendiente. Eso es lo que espero, ó no sé lo que va a suceder aquí.

EULA. ¿Y dime?... ¿Tu le has hablado al señorito Ricardo?... Yo no creí que de tal modo abusara de nosotros, de nuestra confianza.

OCTAV. ¡Es usted muy inocente, madre mía!

EULA. ¿Pero supones?...

OCTAV. Nada. Le he visto y me ha prometido una reparación.

EULA. Entonces ya nada habrá que decir. Otros casos se ven todos los días.

OCTAV. ¡Por Dios, madre!

EULA. ¿Qué? ¿no es bastante?
OCTAV. No será posible jamás entendernos los dos.
EULA. Pero vamos a ver, oye; si el que hizo el mal lo paga...
OCTAV. Repito que no vamos a entendernos.
EULA. Bueno, pues; habla; di. ¿Qué quieres?
OCTAV. Madre mía, si se da usted por satisfecha, no condene a Paulina ni a su marido, por la parte que han tomado en lo que lamentamos. Al contrario, debe usted estarles agradecida.

ESCENA IV

Dichos y ANTONIO

ANT. ¡Aún está en la cama la muy!...
EULA. Ahora se levanta.
ANT. Que no tenga yo que hacerla salir con una vara de fresno.
OCTAV. No es eso tampoco, padre.
ANT. ¿La defiendes?
OCTAV. No la defiendo.
ANT. ¡Te parece a ti, a mis años, avergonzarme de este modo! Tentado estoy de arrojarla de nuestra casa.
OCTAV. Eso, negarle un cabo de cuerda al náufrago.
ANT. Dieron fin las contemplaciones. Verás tú, si yo sé del modo que se arreglan esas cosas.
EULA. Bueno, pero si tú no sabes aún lo que ocurre.
ANT. ¿Cómo que no lo sé?
EULA. No, señor, no lo sabes. Octavio, dile lo que has hablado con el señorito Ricardo.
ANT. ¿Le viste?... ¿le has hablado?... eso es distinto. (*Movimiento de disgusto de Octavio, al notar el cambio de su padre.*) ¿Y qué te ha dicho?

EULA. Que le ha prometido arreglar la cosa.

ANT. ¿Y eso es cierto?

OCTAV. ¿De manera que siendo así?...

ANT. Yo creo que un buen arreglo... el mal ya está hecho, no tiene remedio.

OCTAV. Estamos muy distintos unos de otros. Permítame que le hable yo sólo.

ANT. Es lo mejor, porque no sé si sabría contenerme.

EULA. Vamos, vamos. (Dirígese con su marido al foro y luego baja al proscenio nuevamente y dice a Octavio.)

OCTAV. ¡Vaya usted, madre, vaya usted! (Vánse Antonio y Eulalia.)

ESCENA V

OCTAVIO, luego ROSALÍA en enaguas y el cubrecorsé, despeinada y recelosa

OCTAV. ¡Iguales todos, todos!... (Viendo a Rosalía.) Ven, acércate; siéntate aquí, a mi lado.

ROS. Bueno, pero no me lastimes, no me pegues.

OCTAV. ¿Pegarte yo?... no, mujer, no temas. Oyéme, hermana mía; quiero ahorrarte una explicación vergonzosa para ti. Lo sé todo, y es por otra parte inútil que pretendas ocultarme la verdad. Echaremos un velo a tu pasado, siempre y cuando vea en ti un sincero arrepentimiento, y hagas por rehabilitarte.

ROS. Habla. Haré lo que quieras.

OCTAV. Ahora dime: ¿le quieres de veras a este hombre que ha hecho tu desgracia?

ROS. Como a quererle...

OCTAV. Háblame como si lo hicieras contigo mismo. ¿Has imaginado si pudiera algún día querer a otra?

ROS. No sé que contestarte.

OCTAV. ¿Si te dijeran debes renunciar a él?...

ROS. No tendría otro remedio.

OCTAV. ¡Ay, hermana! Veo que el germen del mal radica en ti misma, en tu modo de ser; no te entregaste, fué algo peor que esto. No sé si casi debo alegrarme de ello. Calculo inútil la reparación ofrecida. Poco te costará olvidarle y de este modo, empezaremos una nueva vida, sin separarnos jamás. Dieron fin ya tus lecciones de canto, yo por mi parte te sacrificaré mi existencia, mis aspiraciones todas. Huiremos como si estuviéramos contagiados, allí donde nadie nos conozca, donde no tengamos que sonrojarnos. Tú cuidarás de los pobres viejos sufriendo sus impertinencias y sus achaques, trabajando para ellos los dos.

ROS. Te lo he dicho, haré lo que quieras.

OCTAV. Lo que quiera... no, no es eso, no me basta tu conformidad; el sacrificio que te exijo, es insuficiente si no toma parte en él tu voluntad. Es indispensable que accedas gustosa. La necesidad jamás ha sido una virtud; contéstame.

ROS. ¿Vas a reñirme si te digo una cosa?

OCTAV. No, si me hablas con el corazón.

ROS. Quisiera pedirte...

OCTAV. Habla.

ROS. ¿Vas a incomodarte?

OCTAV. Dilo de una vez.

ROS. Bueno, haré cuanto quieras, pero empezando mañana.

OCTAV. No comprendo esta demora de algunas horas. Tú no eres franca conmigo. Hay algo que te obliga a esta incomprensible petición. Es lo que quiero saber.

ROS. Pues bien; hoy...

OCTAV. ¿Hoy qué?...

ROS. ¿Si vas a enfadarte?

OCTAV. Di, sea lo que sea...

ROS. Bueno, pues hoy, por última vez, quisiera... quisiera... quisiera ir al baile de máscaras.

OCTAV. ¿Qué? (Levantándose.)

Ros. ¿Ves como te has enfadado? Si ya no me atrevía a decírtelo. Y eso, por última vez.

Octav. (*Paseándose agitado.*) No, decididamente, tu enfermedad es incurable. (*Yendo al foro.*) ¡Padre, madre!...

Ros. ¡No, no les llames!

Octav. ¿Que no les llame?... ¡desgraciada!... Cuando creí cercana tu redención, dos palabras tuyas dieron al traste con cuantas ilusiones había concebido.

Ros. Oyeme, Octavio; ahora soy yo quien quiere hablarte. Tú has nacido hombre, sin obstáculo alguno, pudiste salir de esta casa, no aviniéndote a ser lo que nuestros padres, has tenido los medios de lograrlo, y vuelves a nuestro lado completamente transformado, después de conseguir tus aspiraciones. Yo, pobre de mí, ¿qué podía hacer condenada a vivir dentro estas paredes, oyendo a nuestro padre y a nuestra madre peleándose por cualquier cosa, a soportar las conversaciones de los jardineros, sus palabrotas; yo, como tú, sentíame la necesidad de respirar otro ambiente, mi naturaleza se resistía a cuanto me rodeaba. Si alguna vez tomaba un libro, sólo conseguía que me regañaran por ello. Dime, puesta la mano en el corazón, si desde hoy te resignarías a la suerte de Tomasón, por ejemplo. ¡Trabajar! eso es muy fácil de decirlo. ¿Tú sabes lo que representa sentarse desde que amanece junto a la máquina de coser, hasta que llega la noche, para ganar seis o siete reales? ¿Y qué porvenir luego? Casarte con un modesto oficial que difícilmente alcanzaría a ganar lo preciso para mantenerme a mí y a nuestros hijos, eso cuando no resultara un holgazán o un borracho como Simón, el marido de nuestra hermana? ¿Es culpa mía el haber sentido aspiraciones que me hacían imposible vivir dentro las condiciones en

que nací? ¿Es culpa mía si mi naturaleza repele cuanto me rodea?

OCTAV. ¡Dios mío, Dios mío! Qué desconsoladoras son tus palabras! ¡Desgraciada criatura que no te diste cuenta de ti misma! ¡Que no te aperćibiste aún de tu caída!

ROS. Te engañas. Es verdad, sí, tienes razón. ¿Qué te avergüenzas de mí?, si lo comprendo. Oyeme, en medio mi camino, hallé a Ricardo, como podía haber sido otro cualquiera que me hubiera guardado las mismas atenciones, que su educación y su trato hubiera venido a cumplir el ideal que tenía formado. Que luego me abandona, que ya se cansa de mí, ¡qué le vamos a hacer! Otro en su lugar.

OCTAV. ¡Rosalía! (Fuera de sí.)

ROS. ¡Otro, sí! Déjame llegar al fin, no me tortures más! que me despreciáis, que me arrojáis de vuestro lado, bueno, hacedlo, pero dejadme; dejadme de una vez. Querías franqueza, ya la tienes; pediste que te hablara con el corazón, con él te hablé.

OCTAV. ¡Oh! ¡Aparta!... ¡Aparta! ¡Padre! ¡Madre!

ROS. Ya me marcho, ya me voy, pero me ahogo entre estas paredes, me aplastan. (Vase por la izquierda.)

ESCENA VI

OCTAVIO, luego EULALIA y ANTONIO

OCTAV. ¡Perdida, perdida para siempre! ¿Y podría yo obligar después de lo que oí, a que Ricardo reparara su falta? En conciencia sería una mala acción. Es necesario obrar rápidamente y con energía. Amputar sin contemplaciones, hay que aplicar el cáustico aun cuando haga brotar lágrimas de sangre.

ANT. ¿Nos llamabas, Octavio?

OCTAV. Sí.
EULA. ¿Y Rosalía?
OCTAV. En la cocina.
EULA. Vamos, menos mal; veo que empieza a corregirse.
ANT. ¡Hace bien, la maldeciría!
OCTAV. Ya apareció la clásica maldición paterna, eso jamás ha conducido a nada práctico.
ANT. ¿Qué hemos de hacer, pues?
OCTAV. Van ustedes a saberlo. Poner tierra por medio.
EULA. ¿Tierra por medio?...
OCTAV. Dije mal, agua, mucha agua. Venirse todos ustedes a América conmigo.
EULA. ¿Estás loco?
ANT. ¿A nuestra edad?
OCTAV. Comprendo el sacrificio, pero es la única solución.
EULA. ¿Qué vamos a hacer allá?
OCTAV. Lo que aquí no han sabido.
EULA. ¿Pero y de dónde sale tanto dinero?
OCTAV. Eso no debe preocuparles.
EULA. ¿Qué te parece a ti? (A Antonio.)
ANT. ¿A mí me lo preguntas?
OCTAV. Nada ha de faltarles. Tendrán todo cuanto necesiten para vivir.
ANT. ¿Y tener una cotorra?
OCTAV. Y dos si quiere.
EULA. ¿De las que charlan?
OCTAV. De las que se le antojen.
EULA. Yo, la verdad... ¿a ti qué te parece?
ANT. ¿Pues qué he de decir? Si nuestro hijo lo dispone.
OCTAV. ¿De modo que acceden ustedes?
EULA. Tal como tú dices.
OCTAV. ¡Oh, gracias! no pueden ustedes figurarse cuánto se lo agradezco. Voy a escribir.
EULA. En tu dormitorio hallarás papel y cuanto te haga falta. Es de Rosalía.
OCTAV. Pues manos a la obra.
EULA. Oye, hijo mío, ¿por qué no te echas un ratito en la cama? Estás con una cara...

OCTAV. Quién piensa en eso. Si viene mi amigo Emilio, avíseme en seguida.
EULA. Está bien. Te avisaré.

ESCENA VII

EULALIA, ANTONIO, luego PAULINA y SIMÓN

ANT. Ya ves, a tratarnos con los negritos.
EULA. Y qué diré a nuestro hijo que nos compre un par para que nos sirvan.
ANT. ¿Pero tú crees que nada va a faltarnos allá?
EULA. ¿No oiste a Octavio?
ANT. ¿Quién llega?
EULA. (Yendo al foro.) Paulina y su marido.
ANT. Que se vuelvan por donde vinieron. Si Octavio se entera...
SIMÓN Aquí estamos.
PAUL. ¿Qué tal? ¿qué hay de nuevo?
ANT. Lo mejor que podéis hacer, es largaros de aquí.
PAUL. ¿Cómo largarnos?
SIMÓN ¿Y por qué? vamos a ver.
EULA. Porque así lo dispone tu hermano.
SIMÓN ¡Estamos frescos!
PAUL. Buena es esa. Pues es lo que me faltaba saber.
SIMÓN Y vamos a ver, ¿por qué?
EULA. Porque dice que sois los causantes de lo que ha sucedido a Rosalía.
SIMÓN ¿Nosotros?
PAUL. Está muy mal informado. Lo que debiera hacer, darnos las gracias por haber evitado que fueran de un sitio a otro. ¿Y dónde está ahora?
EULA. Escribiendo en su habitación. Cierra la puerta, Paulina. (Cerrando la puerta primera derecha.)
PAUL. Ha quedado dormido encima la mesa.

SIMÓN ¿Sepamos de una vez, quién es aquí el que debe marchar?
EULA. Ahora él.
ANT. ¿No sabéis? Nos marchamos a América.
PAUL. ¿A América?
SIMÓN ¡Conmigo debiera tratar el hermano de ésta! Ya le diría yo... a quién se le ocurre hombre,..
PAUL. ¡Qué disparate!,.. ¿y lo dejarán ustedes aquí todo, hasta el sillón y el espejo grande?
EULA. No creas que no lo sienta.
ANT. Lo vendemos y en paz.
PAUL. ¡Eso, por diez céntimos al trapero, una cosa tan buena!
EULA. Qué le vamos a hacer.
PAUL. ¿No sería mejor que se lo guardara yo en mi casa por si algún día regresan ustedes?
ANT. Milagro sería que no salieras con tus peticiones.
PAUL. Es que si no piden ustedes un precio exagerado, también se lo compraré, haciendo un sacrificio, aunque no sea por otra cosa que para evitar que caiga según en que manos.
EULA. Bueno, bueno, veremos lo que se hace.

ESCENA VIII

Dichos y don JACINTO por el foro.

EULA. (Al verle dice a Antonio.) ¡Ah, el señor!... Antonio... ¡mira, don Jacinto!
ANT. Usted aquí...
JACIN. Sí, yo mismo.
ANT. A qué debemos el gusto... Entre, entre usted... (A Eulalia.) Ve, avisa a Octavio, ¿querrá usted verle, no es cierto?
JACIN. No, no. No le avisen.

EULA. Diré a usted, como esta noche no ha dormido...

JACIN. Bueno, no importa. Le veré luego. El asunto que aquí me trae, lo he de solucionar con ustedes dos.

ANT. Como usted decida. (Simón y Paulina se han retirado al foro.)

SIMÓN (A Paulina.) Eso me huele a arreglo.

PAUL. ¿Te parece?

ANT. ¿Pero por qué no toma usted asiento? (Le ofrecen el sillón.)

JACIN. (Continúa de pie.) No, no hay necesidad; confío en que vamos a entendernos pronto. Ustedes saben cuanto les he apreciado siempre y creo que en su beneficio hice cuanto podía.

ANT. Sí, señor, sí. Dios se lo pague.

EULA. Y muy agradecidos, don Jacinto.

JACIN. No es que tenga queja alguna de ustedes, pero la verdad, su hijo Octavio, no me ha demostrado lo que yo de él esperaba.

ANT. ¿Que no?...

EULA. Perdónele usted, los jóvenes de hoy día...

JACIN. Se ha portado muy mal con mi hijo, y creo que aun cuando no por otra cosa, por atención a mis bondades, era otro el comportamiento que yo tenía derecho a esperar. En fin, no se hable más del asunto, en cierto modo se lo dispenso, pero como ustedes comprenderán yo no puedo permitir que continúe en mi casa, y le dirá usted que le aguardo en ella esta tarde, para liquidar las cuentas pendientes.

EULA. ¡Cuánto va a sentirlo!

ANT. Lo dicho, los hijos a veces...

JACIN. He tomado mi resolución y doy el asunto por terminado.

EULA. De manera que...

JACIN. Es irrevocable mi resolución. Pasemos al asunto que aquí me trae. Ustedes tienen una hija, ¿no es cierto?

EULA. Tenemos dos, como usted ya sabe.

PAUL. (Adelantándose.) Una, soy yo, don Jacinto, servidora de usted.

EULA. La mayor.

JACIN. Si ya sé, no es usted a la que me refiero.

EULA. Usted habla de la pequeña, de Rosalía.

JACIN. La misma. Confieso que resulta violento, y que hay situaciones embarazosas, en las cuales es mejor abreviar lo posible, así es que vamos al grano.

SIMÓN (Bajo a Paulina señalando dinero.) ¿Has oído? al grano. Lo que te dije.

JACIN. Su hijo de ustedes, ha obligado a dar al mío una palabra, que como ustedes comprenderán, no puede ni debe cumplir. Ya pueden ustedes comprenderme, y como que yo, siempre me hice cargo de las cosas, no quiero que puedan ustedes tener queja de mí. Echemos un velo a lo pasado pues al cabo y al fin, deben ser ustedes en ello los más interesados, y en recompensa, yo les entregaré a ustedes una cantidad que pueden repartirse entre ustedes y su hija, (Simón toca a Paulina.) en concepto de dote, y de aquí algún tiempo ¿porqué no? puede hallar un acomodo y aquí paz y después gloria. Me parece que es muy razonable mi proposición. (Antonio mira a Eulalia y ésta le indica que acepte. Pausa.) ¿Qué contestan ustedes?...

ANT. Es una cosa que la verdad...

JAC. — Y como es mi costumbre terminar los asuntos cuanto antes, traje conmigo un talón de cinco mil duros.

ANT. ¡Cinco mil duros!

EULA. ¡Cinco mil duros!

SIMÓN ¿Qué tal? (Bajo a Paulina.)

PAUL. ¡Buena nariz tuviste! (Bajo a Simón.)

ANT. ¡Pero cinco mil duros!...

JAC. (He sido un imbécil, en haber extendido el talón. Habrían pasado por mucho menos.) Sí, señor, y aquí lo tienen ustedes. (Se lo entrega.)

EULA. ¿Pero con este papelito?

JAC. Ya sabe Antonio lo que es un talón, de cuando estaba en el despacho.

ANT. Sí, señor, sí, no hay más que irlo a cobrar al banco. ¡Pero eso es una fortuna para unos pobres como nosotros!...

JAC. Quedamos, pues, en que se dan ustedes por satisfechos, y mi hijo queda llbre de la palabra que dió.

ANT. Sí, señor, sí.

JAC. Así se lo participarán ustedes a su hijo Octavio, a fin de que nos deje a nosotros en paz y tranquilidad.

EULA. ¡No faltaba otra cosa!

ANT. Naturalmente, no faltaba más.

JAC. Al mismo tiempo, ustedes dos están ya viejos, y les agradeceré que cuanto antes desocupen esta casa, pues ya tienen para vivir...

EULA. ¡Sí, señor, sí, y muy agradecidos, muy agradecidos!

ANT. Sí, señor, muchísimo a sus bondades.

JAC. No se hable ya más de ello, que ustedes sigan bien. (Yendo al foro todos le acompañan hasta la puerta.)

EULA. Que Dios le conceda a usted largos años de vida.

ANT. Y la salud...

JAC. (Desde la puerta.) Gracias, gracias. (Ya salimos del paso.)

ESCENA IX

Dichos, menos don JACINTO

(Todos bajan corriendo al proscenio rodeando a Antonio que tiene el talón con el brazo en alto.)

ANT. ¡Ya somos ricos!

EULA. ¡Abrázame, pobre viejo!

ANT. (Apartándola) ¡Eh! tú, cuidado, que no se arrugue.

SIMÓN ¡Buen parche!
PAUL. ¡Eso son disgustos!
EULA. ¡Yo voy a volverme loca!
SIMÓN A verlo, a verlo...
ANT. (Envuelve el talón con un pañuelo.) Quía, guardadito, y a cobrarlo al banco.
PAUL. Para ustedes si que dieron fin las penas.
EULA. ¿Ya empezamos con lloriqueos?
ANT. ¿Me parece que eso de ir a América?
EULA. Ya ni pensarlo.
ANT. Llámale.
EULA. No, mejor será que duerma. Y tú, ve a cobrar.
PAUL. ¡Rosalía!... ¿a ella bien podemos decírselo?
EULA. Naturalmente.
ANT. ¡Qué sorpresa la suya!

ESCENA X

Dichos y ROSALÍA, que a los gritos aparece temerosa

PAUL. Ven, mujer, ven...
EULA. Ven, hijita mía, ven...
ANT. Sí, mujer, ven.
ROS. ¿Qué sucede? (Extrañada.)
PAUL. Ven, siéntate. (Todos la rodean y diciéndolo a los demás.) ¿Vamos a ver si no es a ella que se lo deben todo? ¿Qué podrá decir ahora nuestro hermanito?
ROS. Pero qué pasa, ¿vamos a ver?
EULA. No te preocupes.
ROS. No comprendo. (Sin saber lo que les pasa.)
ANT. Ya lo sabrás.
EULA. Eso, luego lo sabrás.
PAUL. ¡Y esta noche, al baile!
ROS. ¿Qué?
PAUL. Sí, mujer, soy yo quien te lo dice.
ROS. ¿Y Octavio?
SIMÓN No te preocupe.
ROS. ¿Y ustedes consienten?
EULA. ¿Que te parece a ti? (A su marido.) Considera

que la chica está en la edad de... y es natural, pues...

ANT. Lo que decidas tú. Pero dejadme que vaya a cobrar el talón.

SIMÓN Me parece a mí, que estaría muy puesto en razón, que antes mandáramos por algo para celebrarlo.

EULA. Casi, casi.

SIMÓN ¡Viva la alegría! (Tirando la gorra al aire.)

ESCENA XI

Dichos; aparece OCTAVIO que queda sorprendido y todos desconcertados.

OCTAV. ¿Qué significa esto? ¿Qué sucede?

PAUL. (Adiós.)

SIMÓN (¿Conque sale ahora este?)

OCTAV. Madre, no sabe usted que dije. (Señalando a Paulina y a Simón.)

EULA. Sí, pero...

OCTAV. ¿Pero qué?...

ANT. Oye; no te pongas así. Escúchame.

OCTAV. No debo escuchar.

PAUL. Oye, oye, y ¿crees que tú puedes disponer en casa como se te antoje? Tengo yo en ella los mismos derechos que tú.

SIMÓN Sí, chico, es tu hermana.

OCTAV. Ojalá no lo fuera.

EULA. Es que...

OCTAV. ¿Qué?

EULA. (A su marido.) Habla tú, hombre, es a ti quien corresponde.

OCTAV. El o usted, uno u otro, acabemos. ¿Qué pasa?

ANT. Vas a alegrarte también aunque no sea más que por nosotros. Acaba de marcharse don Jacinto, el amo.

OCTAV. ¿Y nada me dijeron ustedes?

PAUL. (¡Buena la habríamos hecho!)

OCTAV. ¿No lo dejé encargado?

EULA. Tú hablaste de tu amigo.
OCTAV. Era lo mismo.
EULA. Pues haberlo dicho.
OCTAV. En fin, terminemos ¿y qué?
EULA. Que la verdad, mejor pensado, ya no venimos a América contigo.
OCTAV. ¿Y qué es lo que han pensado ustedes mejor?
EULA. Vivir aquí con el dinero.
OCTAV. ¿De dinero habla usted?
EULA. (A Antonio.) Díselo tú de una vez, hombre.
ANT. Bueno, como decía, estuvo aquí el amo, don Jacinto, y el hombre, habló muy bien.
SIMÓN (¡Ya lo creo que habló!) (Señala dinero.)
ANT. Natural, habló del pro y el contra, hizo las naturales reflexiones... y nada que nos hemos entendido.
EULA. Entendido... entendido. Ni que no pudieras sacarte las palabras.
OCTAV. Basta ahora... a ver tú, Rosalía, habla ¿qué pasó?
EULA. (Interponiéndose.) ¡No, déjala a Rosalía!
ANT. (Decidiéndose.) Bueno, pues, más claro; que el asunto está ya terminado y no hay que hablar. Tu madre y yo, nos damos por satisfechos, y es más, procura tú ir esta tarde por allá a fin de dar cuentas, y te participo que quedas despedido de la casa. Ya tú ves. Así mismo ha encargado que te lo dijéramos. Ya ves lo que saliste ganando.
OCTAV. De sobra sé lo que debo hacer; lo que exijo, es que me digan ustedes qué satisfacción es la que les dió.
ANT. No te preocupes tú tampoco. ¿No te dije que nos dábamos por pagados? Pues en paz.
OCTAV. ¿Por pagados?
ANT. Sí, don Jacinto, se ha portado como debía, entregándonos ¡cinco mil duros!
ROSA. ¡Cinco mil duros!
OCTAV. ¿Qué?

ANT. Es la pura.
OCTAV. ¿Y usted los admitió?
ANT. ¿Y pues?
SIMÓN (¡Este está chiflao!)
OCTAV. ¡Padre!
ANT. ¿Qué?
SIMÓN (¡A qué quiere parte!)
OCTAV. Devuelva... devuelva en seguida este dinero.
ANT. ¿Estás loco?
OCTAV. Madre, por Dios, ayúdeme usted para convencerle.
EULA. Hijo mío, se trata de un rinconcito para tus padres ya viejos.
OCTAV. (Desesperado se acerca á Rosalía.) ¡Rosalía!...
ROS. ¡No, déjame! (Apartándose.)
PAUL. ¡No la marees a la pobre!
OCTAV. ¡Quítate, o no respondo de mí!
EULA. (Intermediando.) Hombre, Octavio que no es eso... Las cosas no deben extremarse. Además, ¿tú te figuras que los pobres podemos ser exigentes?
ANT. Bueno, bueno, mientras discutís, voy a tomar el tranvía, y al banco.
OCTAV. Un momento; por favor, no vaya usted aun, se lo pido por Dios, quiero convencerle.
ANT. Algo difícil lo veo.
OCTAV. No ve usted que eso es el precio de nuestra vergüenza. Ni el derecho a la queja nos restará desde hoy. Nos robaron lo que no se compra con dinero, pero podíamos llevar erguida la frente. Como al caminante a quien un salteador le despoja de cuanto lleva encima. Pero ahora por un puñado de plata...
SIMÓN (¡A qué llama puñado!)
OCTAV. Se dan ustedes por pagados y satisfechos, no quedándoles ni aun el derecho a la queja. Ya sé que me dirán ustedes, dada la edad, y su humilde posición, que le deslumbró el ofrecimiento, pero reflexionán-

dolo usted, padre, y usted, madre, también, de qué les servirá a ustedes toda una vida honrada y de sacrificio, cuando de tal modo dejan que a ello pongan precio el primer advenedizo.

EULA. Si cuanto dices no puede estar mejor hablado, sí, señor, si está muy bien; eso de la honra, es una gran cosa y lo sería mucho más si pudieran con ella hacer hervir el puchero.

ANT. Cuando ahora, no debemos temer a la vejez.

OCTAV. ¡Y vuelta con la vejez! ¿Hasta tal punto ciega el egoísmo paternal, que se considera satisfecho en asegurar su vejez, a costa de la honra de una hija?

ANT. ¿Qué? (Vacilando.)

OCTAV. ¿Cómo creer en usted tanta bajeza, tanto oprobio? Devuélvalo por caridad, yo le podré duplicar esta suma y aun más.

PAUL. (A su madre.) ¡A que me la engatuza! (A su padre.) Padre, déjele usted que diga.

OCTAV. (Fuera de sí.) ¡Rayo de Dios! ¡Cállate, o...! Tú, Rosalía; (Suplicando.) esfuérzate también para que se convenzan. Te entregaste, bueno, pero no consientas que te vendan.

ROS. No, déjame, déjame. (Apartándose.)

OCTAV. ¡Pero, si es por ti!

ROS. Por mí, cuando ni siquiera consentías que asistiera esta noche al baile.

PAUL. ¡Pues irás!

OCTAV. ¿Hasta eso?

PAUL. Hasta eso, sí.

OCTAV. (Furioso.) Vosotros sois los culpables, ¡infames! (Amenazándoles.) ¡Fuera de esta casa los dos! ¡Fuera dije!

SIMÓN (Retrocediendo.) Cuidado, ¡eh! que no me pongas la mano encima.

PAUL. ¡Qué lo pruebe!

ANT. ¡Hijo! ¡Octavio!

EULA. ¿Pero a qué viene?

SIMÓN ¡Se acabó ya mi paciencia!

OCTAV. (Fuera de sí, da luego una mirada en derredor, esforzándose en detenerse, se deja caer en brazos de su padre y de su madre que le sostienen.) Padre mío, terminemos; el pan que comerá en su vejez, durante esta vejez que tanto le asusta, estará amasado con la deshonra de su hija.

ANT. Pero que cosas se te ocurren.

PAUL. (Viendo que su padre vacila.) ¿Otra vez? mire usted, madre...

EULA. Pero a lo hecho, pecho. ¿Acaso es nuestra la culpa?

OCTAV. ¡Aun usted, madre!... ¡Oh, Dios mío!... ¡Dios mío! ¡por que me hicistes respirar una atmósfera saneada, si debía sumergirme en un foco de infección!

EULA. (A Antonio que no sabe lo que hacer.) ¿Y tú que haces?

ANT. (Reanimándose y rehaciéndose.) Marcharme a cobrar ahora mismo, pues, temo que me convencería. (Poniéndose la chaqueta.)

OCTAV. ¡Padre mío!

ANT. ¡Hasta la vuelta! (Todos le ayudan a vestir, le ponen la gorra, etc.)

OCTAV. De modo que...

PAUL. ¿A qué aguardáis?...

SIMÓN Aprisa, aprisa...

OCTAV. (Fuera de sí, cae en medio del grupo, y sin darse cuenta coge a su padre; todos los demás no se atreven a moverse.) No, no es posible; yo no puedo consentir que se aprovechen de una momentánea alucinación. Pasado el primer instante, usted mismo reaccionará, estoy persuadido.

EULA. No le marees más a tu padre.

SIMÓN Vaya, se acabó eso. (Entre él y Eulália obligan a Antonio que deje los brazos de su hijo. Octavio, retrocede maquinalmente.)

PAUL. ¡Ya no puede llegarse a más! ¡le puso la mano encima de su padre! (Octavio fuera de sí enarbola una silla contra Simón y su mujer.)

ANT. ¡Octavio! (Deteniéndole.)

EULA. ¡Octavio! (Deteniéndole.)
SIMÓN ¡Déjenle!... (Con desplante.)
PAUL. ¡Mal hermano, sin vergüenza!
OCTAV. (Suelta la silla.) Es imposible que nos comprendamos, impesible.
SIMÓN Pues, a mí si que vas a entenderme haciéndote pasar la puerta a empellones.
OCTAV. Rematad con ello vuestra obra, es el premio que debo recoger.

ESCENA XII

Dichos y EMILIO

OCTAV. ¿Eres tú?
EULA. ¡Ah! es usted. Haga el favor... (Todos intentan fingir.)
OCTAV. (Interponiéndose.) No, te lo suplico, no entres, no pases el umbral siquiera, no te expongas al contagio de esta lepra que nos corroe a todos. Aquí, ya no hay idea siquiera de lo que es dignidad, vergüenza, ni corazón, ni sentimiento honrado. Aquí, no existen otra cosa que comerciantes, que aguardan al que mejor pague la mercancía.
EULA. ¿Pero ve usted, del modo que habla?
EMIL. Cálmate, Octavio, amigo mío. ¿De qué se trata al fin y al cabo?
OCTAV. Ellos te lo dirán mejor que yo.
ANT. Nuestro hijo no reflexiona que sus padres son dos pobres viejos.
EULA. Que para nada sirven.
ANT. Nos propuso llevarnos con él.
EULA. Ya ve, usted. Y porque una buena persona que puede...
OCTAV. (Con amargura.) Ya lo estás oyendo, una buena persona.
EULA. No las hay mejores. ¡Cómo que tiene en cuenta nuestra vejez!

OCTAV. Y vuelta con la vejez. Es esto, en sus labios una bula de Meco.

ANT. Y exige, que se lo devuelva, ya ve usted.

OCTAV. ¿Y tú no sabes quién es esta alma generosa?

EMIL. Lo presumo. (Sonriendo.)

ANT. Por lo tanto, voy a lo nuestro y usted perdone, ya sabe que nuestra casa es la suya para todo cuanto guste, y que usted siga bien. (Octavio intenta adelantarse. Emilo le detiene y Antonio desaparece por el foro.)

ESCENA XIII

Dichos menos Antonio

SIMÓN (A su mujer.) Ya se hacía eso pesado.

PAUL. ¡Al fin!

EULA. Ya lo ve usted, señor Marqués, ¡qué hijos! disgustarse porque se les asegura a sus padres...

OCTAV. Eso es ya inaguantable. ¿Pero estás oyendo?

EMIL. Naturalmente, (Con ironía.) ¿cómo puedes oponerte?

OCTAV. ¡Emilio, por Dios!

EMIL. ¿Por qué te obstinas, cuando les hablas un idioma que no comprenden? Es más, no pueden oirte siquiera. Tú sabes que según ley física, las ondas sonoras se transmiten de abajo a arriba. Pues bien, tú estás en un sitio más elevado que ellos, así es que inútilmente te esforzarás para que te oigan.

EULA. La verdad, aunque no le comprendí bien, el señor habla como un libro. ¿Verdad que es usted también de nuestra opinión?

EMIL. En absoluto. Vamos, amigo mío, convéncete de que eres entre los tuyos una planta exótica, al igual que entre los suyos lo es también la hija del que fué tu jefe. A germinar los dos, trasplantados en otro

terreno más apropósito; que aparezca nueva semilla.

OCTAV. Es verdad, tengo tranquila la conciencia. Cumplí con los míos, ahora a liquidar con mi jefe, a rendirle mis cuentas a don Jacinto.

EMIL. Recogiendo el remanente a tu favor.

OCTAV. ¿Qué remanente?

EMIL. ¿Lo preguntas? El amor de su hija.

OCTAV. Volveré, madre, volveré para deciros adiós. (Vase con Emilio.)

SIMÓN Y nos alegramos de verte güeno.

TELÓN RAPIDO

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La misma decoración del segundo.

ESCENA PRIMERA

EMILIO y OCTAVIO precedidos del CRIADO

EMIL. ¿Está el señor en el despacho? Pásale recado.

CRIADO Usted perdonará, pero...

EMIL. Pero que...

CRIADO Se me dieron ciertas órdenes.

EMIL. ¿Cuáles?

CRIADO No se refieren al señor Marqués.

OCTAV. ¿Seré yo el agraciado? (El Criado asiente con un movimiento de cabeza.) Está bien; pero sepamos qué órdenes son éstas.

CRIADO Negarle a usted la entrada.

OCTAV. ¡Magnífico! pues con órdenes o sin órdenes he de verle.

CRIADO Además, ahora tampoco se encuentra en el despacho.

OCTAV. Pese a quien pese, yo no me vuelvo y me aguardo. Supongo que no habrán llegado al extremo de ordenar que me ponga usted la mano encima, cosa que ya me cuidaría yo de evitarlo.

CRIADO No, señor, supondrían que no habría necesidad de ello.

OCTAV. Ni aun habiéndola, téngalo usted entendido.

EMIL. ¿El señorito no está tampoco en casa?
CRIAD. A esta hora es difícil.
EMIL. (Me alegro). Puede usted retirarse. El señor (por Octavio.) viene conmigo, y como que la orden no se refiere a mi persona, asumo la responsabilidad. Avise en cuanto lleguen. (Vase el Criado.)

ESCENA II

OCTAVIO y EMILIO

OCTAV. ¿Que dices a eso?
EMIL. Yo, nada. Tengo la costumbre de aguardar a que vengan los acontecimientos y amoldar mi conducta según sean. Tú ¿a qué viniste? A presentar la liquidación y hacer entrega de los fondos, pues sencillamente eso es lo que debes hacer. Una vez deslindados los campos y rota toda relación entre el principal y el dependiente, se borra la línea divisoria entre el inferior y el superior. Desaparece el dique de la subordinación.
OCTAV. Después de lo sucedido, crees que yo...
EMIL. ¿Qué parte tomástes en ello?
OCTAV. Pretendes alentarme en vano.
EMIL. Y tú, desalentarte sin motivo; edificas en terreno falso. O no me entiendes, o no quieres.
OCTAV. Te entiendo perfectamente.
EMIL. Oyeme, y fíjate en lo que voy a decirte. ¿Crees tú que el sitio conquistado con el esfuerzo de tu inteligencia y de tu trabajo, este sentimiento, que es desviación de tu modo de ser, parte integrante de tu vida, puede destruirse en un momento, porque un dandy, un imbécil que no tiene otra aspiración que sus calaveradas, haya hallado un terreno propio para sus devaneos, en lo morboso de una mala aconsejada mucha-

cha? Eso sería un absurdo, querido Octavio. Tu conducta, está muy por encima de estas fratricidas susceptibilidades que te torturan.

OCTAV. Tu buena amistad sabe sacar partido de mi situación.

EMIL. Me ofendes al suponerme capaz de aconsejarte ni lo más mínimo que estuviera reñido con tu deber y con tu dignidad.

OCTAV. No es eso. De lo que estoy persuadido, es que el cariño que me profesas, hace apreciarte las cosas desde un punto de vista, que se aparta de la realidad.

EMIL. Quien no vive dentro de la realidad eres tú. Yo aprecio mejor la situación porque no soy parte interesada y puedo ver claro, sin apasionamientos. En mi concepto, ni tu hermana misma es culpable como supones.

OCTAV. Vas a lograr que me ría.

EMIL. Me afirmo en ello. La naturaleza, sus instintos, su modo de ser, se rebelan a cuanto tenía en derredor; no se satisfacían sus aspiraciones. Desvióse al igual que una corriente, que no hallando cauce, sigue su curso por donde puede. Lamentas la conducta de tus padres, y es que un error te empuja al otro. La ignorancia siempre fué utilitaria; de un pueblo que dice: «los duelos con pan son menos», no esperes otra conducta. Los favorecidos por la fortuna, los que ni el presente ni el porvenir preocupa, pueden rendir culto a ciertos ideales y atentos a ellos, pretendes lavar con sangre las ofensas, preocupación como otra cualquiera, pero los humildes, más prácticos, saben que lo hecho, hecho está, y se dan por satisfechos, si se les recompensa o indemniza con un puñado de plata. Permítame que hunda aún más el escalpelo y dime, si entre los suyos, no aparecerá hoy tu hermana como un buen partido.

OCTAV. Tanto ahondas el escalpelo, que siento llegar su punta a mi corazón. Diría que te ensañas en la disección.

EMIL. Te engañas, todo lo más, es un dolor reflejo; tú, no tienes ya nada de común con los tuyos. Sacude el polvo en el dintel de la puerta de tu casa, y no imites a la mujer de Loth, huye de ella sin volver la cabeza.

OCTAV. Sea como quiera, como me encuentro algo en el caso de los primeros que dijiste y no de los más humildes, no sé substraerme al deseo de exigir una satisfacción personal.

EMIL. ¿Estás decidido a provocarla?

OCTAV. No puedo negártelo.

EMIL. En tal caso, me atrevo a ofrecerte un medio, si no te favoreciera la fortuna, para que saldes con ellos. Toma. (Le da un cheque.)

OCTAV. ¿Qué? no te entiendo.

EMIL. Devolviéndoles las veinticinco mil pesetas.

OCTAV. Si esto sucediera, sería entonces yo quien no saldaría contigo.

EMIL. Esta partida te la cargaré en cuenta en el libro de la amistad, y con la tinta del cariño, de la que no queda luego rastro.

OCTAV. Acepto y queda abonada en el libro del agradecimiento, cuyas cifras jamás se borran.

EMIL. Terminemos. Hay en esta casa algo más que debe interesarte; una tercera persona que tiene sobre ti derechos adquiridos.

OCTAV. ¿Insistes aún?

EMIL. En que ni ella ni tú, venís obligados a sufrir las consecuencias.

OCTAV. Te engañas.

EMIL. Habla, pues, y confiesa que no la quieres, o que has perdido la fe en su cariño.

OCTAV. Ni una cosa ni otra. Pero yo no puedo darle un nombre deshonrado.

EMIL. ¿Acaso en otro tiempo, la sociedad, no marcó el mío con tal estigma? Lo único que podría alejarte de ella, sería la sangre de

su hermano que manchara tus manos y eso, ya procuraré evitarlo.

OCTAV. ¿Cómo?

EMIL. No lo sé, pero no será.

ESCENA III

Dichos y el CRIADO

CRIADO El señor aguarda en el despacho.

EMIL. No te detengas, antes de que te veas con su hijo, ríndele las cuentas, y arrójale al rostro los cinco mil duros. Entonces saldados ya, recobras tu independencia, y exige lo que te plazca.

OCTAV. ¿Y tú?

EMIL. Aguardo.

OCTAV. ¿A quién?

EMIL. No sé, al primero que se presente. Ve.

OCTAV. (Vacila un momento y luego se decide.) Poco tardaré. (Vase con el criado.)

ESCENA IV

EMILIO y luego MONSERRATE

EMIL. Dije bien; al primero que se presente. Si es el hijo para detenerle, si es la hija para reclamarle su colaboración. ¡Dios me ayuda, es ella! (Monserrate por la izquierda con sombrero y abrigo.) Señorita.

MONS. ¡Usted, amigo mío! (Se dan las manos.) He dado un paso que me reprobaría la sociedad, a saberlo, pero en el que está conforme mi conciencia.

EMIL. Ríase, pues, usted de las acusaciones, señorita.

MONS. Estuve en su hotel. Tenía precisión de verle a usted.

EMIL. Como yo.

MONS. Supongo que es usted la única persona que no tendrá inconveniente en decirme lo que pasa. Me asiste el derecho de enterarme de lo que mi familia se ha propuesto con la hermana de Octavio.

EMIL. Señorita, confieso que me pone usted en una dura alternativa, pero ya que así lo quiere, hablaré.

MONS. Sí, todo, todo.

EMIL. A sus padres de usted, señorita, no les bastó que su hermano Ricardo, labrara la desdicha de aquella desventurada, han hecho más, insultaron su pobreza.

MONS. Ofreciendo dinero ¿no es eso?

EMIL. Usted lo ha dicho.

MONS. ¡El dinero, siempre el dinero! Naturalmente como somos ricos, poderosos, podemos impunemente cometer cualquier infamia. Lo mismo que las cuentas de la modista, o el *pour sang* que al hermanito se le antoja, todo, todo es igual para nosotros, cuestión de precio. Y diga ¿Octavio lo sabe?

EMIL. ¿Cómo evitarlo?

MONS. ¿Y dónde está?

EMIL. En el despacho, con su señor padre de usted.

MONS. He de verle.

EMIL. Un momento. Debemos impedir antes...

MONS. ¿Impedir qué?...

EMIL. Que se encuentre frente a frente con su hermano Ricardo. Caso de no lograrlo, es indispensable que no se separe usted de ellos. De lo contrario, no respondo de lo que pueda suceder.

MONS. ¡Dios mío!

EMIL. El menor decaimiento en usted, podría acarrear un conflicto que le obligaría a usted a renunciar a todo.

MONS. ¡Oh, no! Seré fuerte. Respondo de todo. Apelaré a lo que sea. Mi hermano, me retiro. (Vase precipitadamente.)

ESCENA V

EMILIO, RICARDO, PEPE y RAMIRO

EMIL. No me engañé. Ahora el hermanito.

RICAR. Señor marqués, usted nuevamente en mi casa.... (Le estrecha la mano; los demás saludan con una inclinación de cabeza.)

EMIL. ¿Se extraña usted de ello?

RICAR. En modo alguno, es siempre para nosotros un honor.

PEPE (A Ramiro.) No le dejemos, tal vez necesite de nosotros.

EMIL. Gracias. Desearía un pequeño instante...

RICAR. Cuanto lo siento, pero precisamente...

EMIL. (Insistiendo.) Un instante no más, los señores serán tan amables, que....

RICAR. Le advierto que mis secretos les pertenecen.

EMIL. Me es igual.

RICAR. Estoy, pues, à sus órdenes.

EMIL. Un amigo, por no decir un hermano, ha recibido una ofensa...

RICAR. Perdone usted, marqués, lo que usted sin duda ignora es que la tal ofensa, quedó reparada esta misma mañana.

PEPE Y de modo bien espléndido.

EMIL. Mi amigo, repito, no lo considera así; en este preciso momento está en el despacho de su papá, rindiendo cuentas de su cargo. Va a salir en breve, y no quisiera que se cruzara con usted. Es cuanto deseo y le pido.

RICAR. Amigo mío; lo que usted pretende es una retirada por mi parte.

PEPE Dirías mejor un acto de cobardía.

RAM. Una huida.

RICAR. (Creciéndose.) En primer lugar, estoy en mi casa, y aun cuando así no fuera, no puedo permitirme seguir una conducta que podría dar lugar a torcidas interpretaciones

muy poco favorables acerca mi valor personal.

PEPE Bien dicho.

RAM. De acuerdo.

EMIL. Es natural el interés que sienten por usted sus amigos; me explico su actitud, pero si en algo considera la influencia que pueda yo ejercer en el ánimo de usted, le suplico nuevamente...

PEPE Eso es distinto, en tal terreno...

RICAR. Conste que si accedo...

RAM. Puedes acceder, pero salvando la dignidad, atento a la corrección más estricta.

EMIL. ¿Qué entiende usted por corrección?

RAM. La que previene las leyes del honor.

PEPE Eso.

RAM. Ni más ni menos.

EMIL. No prosigan por tal camino, o van a obligarme ustedes a que haga mía la cuestión. Porque se trata de un amigo, supliqué, cosa muy ajena a mi costumbre; pero entrando la cuestión en otra esfera, tengo el sentimiento de participarles que ni de ustedes, ni de nadie admito condiciones.

PEPE Señor mío...

RAM. (Se complica).

EMIL. Voy a poner punto final. Creí tratar con quien tenía algo de eso que ustedes llaman honor; me engañé, lo siento por ustedes.

RICAR. ¿Ha medido el alcance de sus palabras?

EMIL. No tengo tampoco la costumbre de volver sobre las que pronuncio.

RICAR. ¡Eso es intolerable! Necesito...

EMIL. Una satisfacción ¿no es eso? Conformes.

RICAR. Y completa. Nombre usted dos amigos que se entiendan con los señores.

EMIL. Debe ser ahora, ahora mismo.

PEPE (Separando a Ricardo) Permítame. (A Ricardo.) Ya no tienes tú nada que ver con el caballero. (Se acerca a Emilio.) Señor mío, como usted no debe ignorar, el código del honor, establece ciertos requisitos. En primer

lugar, un plazo de veinticuatro horas, a fin de que los amigos nombrados por las dos partes puedan ponerse de acuerdo. (Tú verás ahora.) Luego, tengo el sentimiento de participarle, que no es usted de aquellos cuya actitud pueda ofender.

EMIL. Celebro este privilegio que acaba usted de otorgarme.

PEPE Recuerde su expulsión del círculo. Así consta en el acta que existe archivada, conque... señor mío, tengo el gusto de saludarle. (Se retira sonriendo satisfecho.)

RAM. (Le partió por el eje).

EMIL. ¿Pero usted cree que todas las actas y todos los archivos, van a impedirme el cruzarle la cara?

PEPE ¡Señor mío!

RAM. ¡Incorrectísimo!

PEPE ¡Señor Marqués!...

EMIL (Calmándose.) No, no, nada de eso. Lo mismo yo, por la lección, como su amigo Ricardo, por el modo habilidoso como usted le sacó del atolladero, debemos darle las más expresivas gracias. Así es que tengo el honor... no; ustedes me lo niegan; tengo, pues, el gusto, esto si que no pueden ustedes quitármelo, tengo el gusto, repito de despedirme de ustedes. Un verdadero gusto. (Saluda irónicamente y se retira Emilio.)

ESCENA VI

RICARDO, PEPE y RAMIRO

PEPE No vi mayor cinismo en mi vida.

RAM. Conste que ni por un momento hemos dejado la corrección.

RICAR. Sí, pero también correctamente se ha reído de nosotros.

PEPE ¿Que le ibas a hacer? Me parece que nuestra intercesión fué siempre oportuna.

RAM. Reconócelo.
PEPE Y debes agradecerlo.
RICAR. No digo lo contrario.
PEPE Y nos felicitamos de haberte sido útiles en algo.
RAM. Todo cuanto dijo es el derecho del pataleo. No creo que insista ya más.
RICAR. Ahí viene mamá. Prepararémonos a una de esas pláticas de familia.
RAM. Eso, «de las que nunca hice caso.»
PEPE Te dejamos hasta la noche.
RAM. Un mal rato se pasa pronto. Adiós, chico.
PEPE Que te sea leve. (Se despiden. Vanse.)

ESCENA VII

RICARDO, doña AMALIA, y más tarde MONSERRATE

RICAR. (Abramos el paraguas y preparémonos a recibir el aguacero.)
AMAL. Deseaba verte.
RICAR. Yo también, mamá; como siempre.
AMAL. (Después de una pausa.) ¡Ricardo!... Ricardo!...
RICAR. Qué, mamá.
AMAL. Siéntate. ¿Te parece regular tu conducta? ¿No te avergüenza, que tu padre se haya visto obligado, por tu mala cabeza, a descender al terreno que ha descendido? ¿Di? ¿Dar explicaciones a aquella gentuza?...
RICAR. Pero oye, mamá...
AMAL. ¡Cállate, silencio! ¿Si querrás aún tener razón? ¡Qué escándalo! y ¡qué disgustos, Dios mío! (Viendo a Monserrate que aparece por la izquierda.) ¿Qué quieres tú? ¡Retírate a tu habitación!
MONS. Mamá, ¿es qué yo soy un extraño a la familia, que no puedo saber lo que le aflije?
RICAR. Lo que no te importa.
MONS. Tal vez más de lo que imaginas.
RICAR. ¿Lo oye usted, mamá?
AMAL. ¡Montserrate!

MONS. Ya sé, mamá, que atendiendo a las hipócritas leyes que dicta la sociedad, me obligan a fingir, que no comprendo una palabra. Pero considero de tal importancia lo que está sucediendo, que me rebelo y no las acepto.

AMAL. ¿Qué significan tus palabras?

MONS. Sencillamente que lo sé todo, y pueden ustedes ahorrarse el disimulo.

AMAL. ¿Sin avergonzarte al hablar de un modo tan descarado?

MONS. Por ustedes me avergüenzo; por mi hermano, hasta que restituya lo que robó.

AMAL. ¡Lo que robó! está loca esta chica.

RICAR. No le hagas caso, mamá. ¿Qué he de restituir, habla? ¿Qué es lo que robé?

MONS. Lo que no consentirían ustedes, que nadie robara a su hija.

AMAL. ¡Monserrate! ¡qué descaro!

RICAR. ¡Montserrate, juguemos limpio, y confiesa que no te tomarías tanto interés a no tratarse de la hermana de quien se trata.

MONS. Supongamos que sea así.

RICAR. ¿Lo ves, mamá?

MONS. Sin rebozo, con entera franqueza, es más; los mismos sentimientos que a mí me animan, debieron sentirlos ustedes también.

AMAL. ¿Quieres callarte?

MONS. Me afirmo en ello. Ustedes más que nadie, vienen obligados a velar por la hermana del que lejos de aquí miraba los intereses de esta casa como suyos propios. En este preciso momento, está en el despacho de papá, rindiendo cuentas de lo que se le confió. ¿Qué cuentas le daremos nosotros de lo que se ha hecho con su familia durante su ausencia?

AMAL. ¿Pero crees tú que todos somos unos?

MONS. ¡Qué hemos de ser! Precisamente en la desigualdad, fundo los razonamientos. En nuestra superioridad, que no vaciló en

abusar del débil que no tenía resistencia para defenderse de nuestros ataques.

AMAL. Hija mía, te vas por las ramas. No quieras ser más papista que el mismo Papa; ya que se da por satisfecho el que podría reclamar.

MONS. ¿Por satisfecho? Es que según vuestro criterio, creéis que la honra de una mujer puede indemnizarse como un accidente del trabajo?

AMAL. Si pretenderás que se case con ella.

RICAR. Eso y celebrar los matrimonios juntos de los cuñados.

AMAL. ¿Quieres callarte?

MONS. ¿Por qué no mostrar tales escrúpulos a tiempo? De manera que quedó todo arreglado. Porque tenemos dinero para pagar nuestras infamias, nos asiste el derecho de cometerlas. Y ahora pregunto a ustedes. ¿Qué hubiera sucedido si hubiéramos carecido de tales medios, o si por el contrario, aunque los tuviéramos, no los hubieran ellos necesitado?

AMAL. Estás sacando la cuestión de su terreno, y es muy distinto.

MONS. ¿Distinto? Conformes; no quería saber otra cosa. ¿De modo que entonces, habría sido otro nuestro modo de proceder? Perfectamente. Conste que lo reconocen ustedes así.

AMAL. ¿A dónde vas a parar, vamos a ver?

MONS. No, no, nada. Que me han dado ustedes la solución de un problema que me preocupaba.

RICAR. No era nada difícil.

MONS. Sí, sí, pero creo que era en cierto modo, natural mi torpeza.

AMAL. Hija mía, la verdad, no te comprendo.

MONS. Tal vez no se pase mucho tiempo. (Amalia va a contestar pero se detiene al ver a su marido que llega con Octavio.)

ESCENA VIII

Dichos, don JACINTO y OCTAVIO

AMAL. ¡Silencio! (A Montserrate.) Ve a tus habitaciones.

MONS. (Marchando por la puerta izquierda.) (Sabré lo que ocurre.

JACIN. Hemos terminado.

OCTAV. Un momento, antes de salir de esta casa.

AMAL. Ve tú también. (A Ricardo.)

RICAR. ¿Para que crea que le temo?

JACIN. Dije a usted, que la casa quedaba satisfecha de sus gestiones y que está conforme la liquidación. (Paulatinamente va acompañándole a la segunda izquierda.)

OCTAV. (¡El aquí!) (Por Ricardo.)

JACIN. Y comercialmente, no tendrá reparo alguno, en dar de usted inmejorables informes.

OCTAV. Gracias; pero permítame que antes de separarme de su lado, le haga a usted una devolución. (Han ido los dos avanzando hasta la mitad de la escena.)

JACIN. ¿Devolución a mí?

AMAL. ¿Qué dice? (A su hijo.)

RICAR. No sé. Veremos.

OCTAV. (Dándole el cheque que le entregó Emilio.) Tome usted.

JACIN. ¿Qué es eso?

OCTAV. Las veinticinco mil pesetas que entregó usted esta mañana a mi padre.

AMAL. ¿Has oído? (A su hijo.)

RICAR. Sí.

JACIN. No, Octavio, no acostumbro a admitir devoluciones de tal género.

AMAL. (¡Qué vanidoso!)

OCTAV. Ni yo acostumbro tampoco a retener dinero que me avergüenza.

RICAR. ¿Qué te parece? (A su madre.)

JACIN. Es tu padre quien lo ha admitido.

OCTAV. Y su hijo quien lo devuelve.

JACIN. Me parece que nada tienes tú que ver en ello.

OCTAV. Ni él tampoco en mi devolución.

JACIN. Te esfuerzas en vano, yo no vuelvo a admitir lo que salió de mi bolsillo por tal concepto.

OCTAV. ¿Qué concepto? ¡El de una limosna! ¿no es cierto?

JACIN. En el de saldar una cuenta pendiente.

OCTAV. ¿Y es así como salda la opulenta familia del millonario don Jacinto la deuda contraída con los humildes jardineros de su casa de recreo? Ya nada pueden reclamarle. Pueden seducir su hija, deshonrar la hermana, y con el mismo dinero que el hijo y el hermano ofendido, en ingratos climas, y con el sudor de frente, les proporcionó con su trabajo, ganándolo para la casa, vienen á decirle: Toma un mendrugo, no tienes derecho alguno a la honra de los tuyos, ni a su afecto; para nosotros, son un juguete tus más dulces afecciones, tú mismo, en lejanos países, nos has proporcionado un puñado de plata con el que insultamos tu deshonra, puedes darte por satisfecho.

RICAR. ¡Basta! ¡No tolero nuevos insultos! ¡Papá! No comprendo tanta paciencia en ti. Llama a los criados para que le pongan de patitas en la calle. (Va a arrojarse sobre él. Octavio no se mueve.)

ESCENA IX

Dichos. MONSERRATE que aparece sin poderse contener.

MONS. ¡No, papá! Eso no puedes hacerlo.

TODOS. ¡Monserrate!

OCTAV. (Con calma.) Retírese usted, señorita, se lo pido por favor; ya me marcho. Pero ¡ay del que se atreva a ponerme la mano en cima!

Don Jacinto, si es que quiere usted librarse de mi presencia, le exijo que admita usted la devolución del precio con que tasaron ustedes, la deshonra de mi hermana.

RICAR. ¿No adviertes, papá, que para un simple dependiente, es mucho que disponga de tal suma, y que así se desprenda de ella?

OCTAV. ¿Qué significan tales palabras? (Fuera de sí.)

RICAR. ¡Que me parecen estas muchas economías!

OCTAV. ¡Miserable! (Sin poderse contener se lanza sobre él. Ricardo que no puede contener el ímpetu de Octavio, es arrojado por éste encima de un mueble y le tiene sujeto al cuello.)

RICAR. ¡Oh, suelta! ¡Canalla!

JACIN. ¡Octavio! ¡Aquí todos!

AMAL. ¡Socorro!

MONS. ¡Oh, no! ¡Eso, no! ¡Octavio! (Octavio, al oir la voz de Monserrate, suelta a Ricardo. Monserrate, aprovechando la ocasión, y en un momento que están distraídos todos auxiliando a Ricardo, coge con fuerza a Octavio por un brazo, que maquinalmente se deja conducir.) ¡Ven; no quiero perderle!

OCTAV. ¿Qué intenta usted?

MONS. Vas a verlo. (Le conduce a la primera izquierda y cierra la puerta sin que pueda evitarlo.)

AMAL. ¡Hijo mío! ¡Ricardo!

JACIN. ¡Sabrá lo que cuesta tal atrevimiento! ¿Dónde está?

MONS. Se marchó. (Con calma.)

ESCENA ULTIMA

Dichos, CRIADOS, PEPE, RAMIRO, luego OCTAVIO y finalmente EMILIO

JACIN. (A los criados.) Pueden ustedes retirarse.

MONS. No, aguarden un momento.

PEPE ¿Qué sucedió?

RICAR. Nada; ya podéis presumirlo.

RAM. ¡Qué osadía!

MONS. Yo se lo diré a ustedes.

JACIN. ¡Monserrate!

AMAL. ¿Qué vas a decir?

MONS. ¿Porqué callarlo, si Octavio reparará también la ofensa inferida?

AMAL. ¿Qué?

MONS. Sí, sí, señores. (Abre la puerta de la izquierda en que está Octavio.) Le hallaron en mi habitación.

TODOS ¡Ah!

JACIN. ¡Monserrate!

AMAL. ¡Estás loca!

MONS. Salga usted, Octavio. Todos ustedes son testigos.

OCTAV. (Aparece desconcertado.) ¡Oh, no! yo no puedo consentir. ¡Es falso, es falso!

TODOS ¡Oh!

MONS. ¿Qué, se niega usted a una reparación?

OCTAV. ¡No, Monserrate, no! ¡Este medio es indigno!

AMAL. ¡Mala hija! ¡no lo crean ustedes!

MONS. No te esfuerces, mamá, difícilmente harías creerles lo contrario de lo que ven.

PEPE (¡Qué cinismo!)

RAM. (¡Qué desahogo!)

MONS. Mamá, es el caso aquel del cual me diste tú y mi hermano la solución. Como no necesitamos dinero, sólo al pie del altar existe.

JACIN. Vete, marcha. Yo te mal... (En este momento aparece Emilio y detiene la palabra en la boca de don Jacinto.)

EMIL. Un momento. Tengo el encargo de mi amigo Octavio, de solicitar para él, la mano de su hija Monserrate.

TODOS ¡Ah!

OCTAV. ¡Tú, Emilio! (Estrechándole la mano.)

EMIL. Créame, y de ello le respondo, que no es una mala proporción.

MONS. ¡Gracias! (Estrecha la mano de Emilio.)

JACIN. De modo que...

EMIL. Es mi socio en la casa de banca. Apuesto a que se siente usted nuevamente con de-

seos de levantar el brazo, pero para bendecirle, ¿no es cierto? Excuse la molestia, y sírvase estampar de nuevo su firma en otro talón, el importe de la dote de su hija. Y vosotros dos, despedíos uno, de los jardineros de la casa de recreo, y usted, señorita, de los de esta casa. Los dos, son ustedes al lado de los suyos, dos plantas exóticas.

TELÓN

FIN DEL DRAMA

BIBLIOTECA

TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21 - BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

La Princesa del Dollar
La Ola gigante
El señor Conde de Luxemburgó
Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes
El Sol de la Humanidad
Zazá
Mujeres Vienesas
Hamlet
Giordano Bruno
El nido ajeno
El Rey
Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV
Los Miserables
La ladrona de niños
Los dioses de la mentira
Cristo contra Mahoma
Juventud de Príncipe
Juan José
La sociedad ideal
La cizaña
Entre ruinas
La vida es sueño
Sabotage
Pasa la ronda
Magda
El Papá del Regimiento
El Alcalde de Zalamea
Los dos pilletes
D. Juan de Serrallonga
El Rey Lear
Espectros
Las Cigarras Hormigas
El Registro de la Policía
El vergonzoso en Palacio
La Fuerza de la Conciencia
Aurora
Eva
El Bufón
El Cuchillo de Plata
Nick Carter
La Cena de los Cardenales
¡Justicia Humana!
El Señor Feudal
El veranillo de S. Martín
El desdén con el desdén
Cuento inmoral
Amor de amar
La dama de las camelias
La domadora de leones
Los dos sargentos franceses
El Místico
García del Castañar
La fierecilla domada
El sí de las niñas
El honor

Precio: DOS pesetas

